

BOLSILIBROS
BRUGUERA

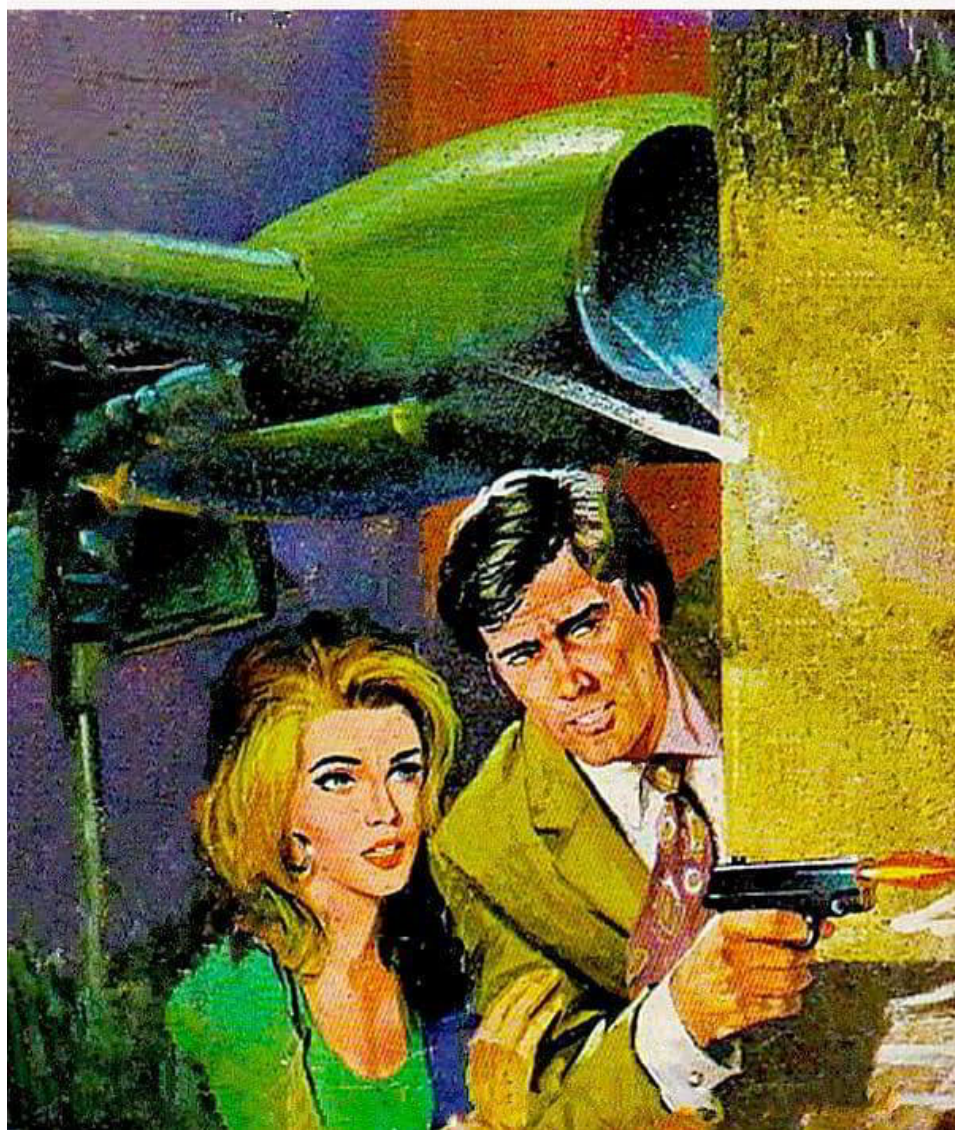
SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

golpe maestro

vic logan



El coche negro se detuvo delante de un antiguo edificio de apartamentos de tipo modesto.

Era el momento en que el censo laboral parisiense llenaba por completo las calles y vías en dirección al centro.

En el barrio extremo donde había aparcado el coche, otros vehículos circulaban con menos intensidad.

Un hombre joven de pelo rubio rizado y gafas negras se apeó del auto y entró en el edificio.

La portera estaba atareada en el interior de la portería, cerrada con puertas de cristales de colores.

El joven del pelo rubio subió hasta el primer piso. Desde el rellano seguía un corredor con puertas a cada lado.

Se dirigió a la segunda de la derecha, marcada con el número 2.



Vic Logan

Golpe maestro

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1082

ePub r1.0

Lds 08.03.18

Título original: *Golpe maestro*

Vic Logan, 1971

Cubierta: Triay

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

EL ATRACO

Viernes, 8,15 de la mañana.

El coche negro se detuvo delante de un antiguo edificio de apartamentos de tipo modesto.

Era el momento en que el censo laboral parisiense llenaba por completo las calles y vías en dirección al centro.

En el barrio extremo donde había aparcado el coche, otros vehículos circulaban con menos intensidad.

Un hombre joven de pelo rubio rizado y gafas negras se apeó del auto y entró en el edificio.

La portera estaba atareada en el interior de la portería, cerrada con puertas de cristales de colores.

El joven del pelo rubio subió hasta el primer piso. Desde el rellano seguía un corredor con puertas a cada lado.

Se dirigió a la segunda de la derecha, marcada con el número 2.

Llamó con los nudillos tres golpes seguidos y dos espaciados.

—Un momento —replicó, al cabo de unos segundos, una voz femenina.

Poco después, una mujer de aspecto joven con el cabello cubierto por una toalla y un batín corto le franqueó la entrada.

—¿Todavía sin vestir? —inquirió el recién llegado.

—No seas impaciente, Marcel. Llegaremos a su hora.

—Date prisa.

—Hablas como si fueras el jefe.

—No divaguemos.

Ella regresó al baño. Se quitó la toalla a modo de turbante y se

sentó delante del espejo.

Entonces comenzó una complicada operación que resolvió en pocos momentos.

El primer aditamento de su extraño maquillaje fue una peluca color negro azabache, seguidamente continuó por los ojos. Dos lentillas de contacto convirtieron sus pupilas en un color verde claro, inconfundible.

Un parche color carne pegado convenientemente a la mejilla derecha le proporcionó una cicatriz apenas visible y aparentemente disimulada. Un toque de maquillaje de fondo completaba el disimulo, que, sin embargo, cualquier buen observador hubiera descubierto, no así el truco con que tan hábilmente había sido falseado.

Un retoque de carmín no demasiado bien puesto, propio de una mujer poco acostumbrada a pintarse los labios, y un vistazo general para comprobar el efecto, bastaron a la muchacha para quedar satisfecha de su cambio.

Tal como estaba su rostro, policialmente podía definirse: Mujer de unos veintiocho años, morena, pelo negro, labios más bien delgados, pequeña cicatriz en la mejilla derecha. Indudablemente atractiva, pero algo descuidada, mirada fría, aspecto general de su rostro más bien agresivo.

Se quitó la corta bata y tomó un par de medias corrientes que sujetó al ligero.

El joven del pelo rubio asomó por la puerta.

—¿Todavía no está la «novia»?

—No me gusta que me observen mientras me visto. Espérame en el coche. Salgo en dos minutos.

El tono de él era tajante:

—No me gusta exhibirme. Si no te importa, te esperaré aquí. ¿Tienes algo de beber?

—No necesitas beber.

—Aguanto bien el alcohol, nena.

—No soy ninguna nena, y sal de una vez.

El hombre obedeció. En aquellos momentos no podía sentirse fascinado por los indudables encantos femeninos. No era el momento más oportuno para ello.

Con agilidad, ella terminó de enfundarse las medias, la

combinación y un traje chaqueta color café completaron el atuendo, que terminó con unos zapatos de tacón ancho de tres centímetros, muy cómodos.

Habían transcurrido exactamente dos minutos cuando salió a la calle acompañada del hombre del pelo rubio, que vestía un traje gris marengo, ligero, de buen corte.

En silencio, subieron al coche. El hombre conducía.

Descendió la calle, tomó la transversal y después de tres manzanas tomó una vía oblicua. Después de cinco minutos, se detenía momentáneamente en una esquina.

Había una vendedora de periódicos, tomó un par.

Mientras efectuaba la operación, un tercer individuo de menor estatura, pelo cano, aunque no llegara a la cuarentena de años, vestido igualmente de oscuro, subió al auto en la parte trasera. Se limitó a pronunciar un leve:

—Buenos días.

La muchacha saludó en el mismo tono frío.

El que había comprado los periódicos subió nuevamente y se puso al volante.

Eran las ocho y treinta y dos minutos.

—Tenemos media hora —dijo el rubio.

—Con veinte minutos nos basta —repuso ella.

—Hay que contar con el tránsito.

—Habéis tenido ocasión de comprobarlo. Con tránsito o sin él, son veinte minutos... por la carretera secundaria.

El rubio puso en marcha el vehículo.

El del asiento trasero abrió una maleta de regulares dimensiones. Dentro contenía un maletín de fuelle. Abrió el maletín y sacó tres metralletas desmontables.

Las montó sin prisas, con movimientos exactos.

El coche seguía avanzando ya hacia las afueras del Gran París.

Antes de los veinte minutos llegaron a una carretera privada que iba directamente a la fábrica de productos químicos. Más allá estaba la entrada general para obreros y operarios.

La puerta estaba abierta.

—Acelera —ordenó la muchacha del pelo azabache al conductor.

El rubio obedeció.

La explanada era grande. La nave principal de la fábrica estaba al fondo.

A la izquierda existían otras tres naves más pequeñas destinadas a los laboratorios.

—Se comunican entre sí por túneles. Ya lo sabéis —recordó ella.

El que había montado las metralletas, terminado ya su trabajo bastante antes, las puso dentro de la maleta grande, junto al maletín de fuelles, que quedó igualmente dentro.

—A la derecha —murmuró la muchacha.

A la derecha era donde estaba el edificio destinado a las oficinas. Había otra puerta para ir allí y normalmente estaba cerrada. Un portero uniformado cuidaba de abrirla sólo a los vehículos conocidos o con un permiso expreso, ya del director general o de los adjuntos, responsables de los distintos departamentos.

El rubio frenó ante la entrada y tocó el claxon un par de veces, con impaciencia.

El portero atisbo por el otro lado de la puerta metálica, y como no reconoció al conductor ni a su compañera, salió por la puerta pequeña, destinada únicamente a los peatones.

Se acercó a la ventanilla del coche.

—¿Tienen pase? —preguntó.

La muchacha abrió su bolso. El portero se fijaba atentamente en ella.

Sacó una cartulina, la entregó al portero y al mismo tiempo se colocó unas gafas ahumadas.

—¡Oh! ¿Es usted la sobrina del señor Salvelot? No la conocía, perdone.

—¿Está mi tío? —inquirió ella, en plan del superior que habla a un subordinado.

—Sí, señorita.

—Avisé que ha llegado. Si está ocupado, no importa. Esperaré.

El portero asintió. Franqueó la entrada al coche y, antes de dirigirse a la pequeña edificación donde pasaba las horas de trabajo, cerró nuevamente la doble puerta.

El auto avanzó rápido hacia una puerta lateral, allí donde el edificio formaba un saliente.

El hombre del pelo más bien canoso salió de la trasera con la

maleta grande, que contenía el maletín y... todo lo demás.

Salió también la muchacha del cabello azabache. El rubio se quedó en el coche.

Un guarda armado apareció de la pequeña puerta secundaria.

Se acercó al coche y advirtió:

—No pueden permanecer aquí. Está terminantemente prohibido.

—Soy la sobrina del señor Salvelot. Me está esperando. Es un caso urgente.

—Las órdenes... —adujo el guarda.

Pero ella atajó rápidamente:

—Las órdenes las da mi tío. Vamos, Jean Pierre. Tío Antoine estará impaciente. Nos está esperando esto.

El guarda se quedó con la palabra en la boca, indeciso ante la firmeza de la muchacha y su prisa, propia de quien pisa seguro y está como en su propia casa.

El rubio del volante se quitó las gafas de sol y las guardó en el bolsillo superior de su chaqueta.

La muchacha y el del pelo cano desaparecieron tras la puerta secundaria. De allí, tras un pequeño *hall*, arrancaban unas escaleras que se dirigían hacia el piso superior.

Las subieron rápidamente.

En el siguiente rellano, el del pelo cano, a una seña de su compañera, abrió la maleta, tomó una metralleta y dio otra a la chica.

El hombre se quedó también con la maleta grande.

Cruzaron un corredor solitario hasta llegar a una segunda escalera, en cuyo arranque un letrero indicaba:

«Paso a los departamentos de Caja. Acceso prohibido a toda persona ajena a los mismos»

Tomaron la escalera y comenzaron a subir, siempre con la misma decisión. La muchacha iba delante.

Al final de la escalera había una puerta.

Tras ella, dos guardas se hallaban sentados en sendas butaquitas, guardando la entrada del departamento que estaba tras otra puerta.

Allí, la caja de seguridad estaba abierta de par en par y cuatro hombres, de una forma mecánica, llenaban los sobres que posteriormente serían entregados a los empleados. La empresa

contaba con dos mil trabajadores, desde peones sin cualificar hasta los más altos dirigentes.

La suma en francos podía estimarse en tres millones, aparte de las cantidades destinadas a pago en efectivo.

La muchacha se plantó en la puerta, cambió su metralleta por la maleta de su acompañante y llamó.

Uno de los guardas acudió a abrir.

—¿Qué desea, señorita?

El guarda podía esperarlo todo menos el empujón que la muchacha le propinó. Cuando quiso reaccionar, entró el del pelo cano con las dos metralletas.

—¡Quietos!

Pasó una metralleta a la muchacha, que soltó rápida la maleta.

—Cara a la pared —siguió el hombre.

Ella les encañonaba fríamente, amenazando con apretar el gatillo.

Los guardas no tenían más remedio que obedecer para conservar sus vidas.

Lo que sucedió a continuación tardó menos de un minuto en llevarlo a cabo el hombre del pelo cano.

Con un par de correas elásticas de las usadas para los portaequipajes de los automóviles inmovilizó a los dos guardas.

Cruzó con habilidad y maestría las gomas y ambos hombres se encontraron sujetos de pies y manos a la espalda y completamente inmóviles.

Un ancho esparadrapo sirvió para cerrar sus bocas.

Inmediatamente, la muchacha buscó en los bolsillos de uno de los ya inofensivos agentes hasta encontrar una llave. Con ella abrió el departamento.

Cuando los cuatro empleados vieron a los recién llegados, comprendieron que lo único que podían hacer era levantar las manos.

Al fondo había una puerta de cristales biselados.

La muchacha se colocó junto a ella y esperó, mientras su compañero, con rapidez, iba colocando fajos de francos, sobres y hasta incluso monedas en la maleta más grande.

Pasó un minuto, dos...

El maletín pequeño se llenó también, mientras la muchacha, al

hacer un gesto como para limpiarse simbólicamente el sudor, tocó los lentes ahumados, que se cayeron al suelo, rompiéndose uno de sus cristales.

No hizo nada por recogerlos. Siguió tras la puerta.

Ésta se abrió de pronto y apareció un hombre de unos cincuenta años, alto, bien trajeado.

—¡Eh, Dav...!

No pudo continuar. El cañón de la metralleta de la muchacha le empujó hacia su despacho.

No había nadie más.

—Quieto... Terminamos enseguida. Vuélvase de espaldas.

El hombre obedeció, murmurando:

—No podrán salir de aquí.

—Ya verá como sí.

Como buena conocedora de aquel despacho, empezó a desconectar cables y muy especialmente los fusibles escondidos tras un cuadro. Sin ellos, la alarma no funcionaría.

Siguió en el despacho hasta que el del pelo cano advirtió:

—¡Listo!

Ella retrocedió hasta la puerta.

—Cuidado... —dijo, en voz alta—. No empiece a gritar demasiado pronto; podríamos ponernos nerviosos y alguien pagaría las consecuencias. Sólo nos interesa el dinero. No queremos causar víctimas, pero si nos obligan... Espero que me haya comprendido.

Tomó un maletín, el del pelo cano la maleta, todo ello sin soltar las armas.

Al salir, los agentes seguían en el suelo retorciéndose, pero sin conseguir soltarse.

Ella pasó la metralleta a su compañero, que la guardó mientras la mujer cerraba la puerta.

Cerró también la de la pequeña salita de los guardas, y antes de bajar el tramo de escaleras, dejaron las metralletas en el rellano.

Fue la primera vez que ella sonrió.

Rápidamente llegaron al corredor, lo cruzaron hasta el otro tramo que conducía a la parte de fuera.

Al llegar al *hall* anterior a la puerta de salida, dejaron las maletas a un lado.

Los golpes de los empleados no podían ser oídos. El jefe tampoco

podía llamar por el teléfono interior, por haber sido desconectado.

Entretanto, la muchacha del pelo azabache salió, sin nada en las manos, y se dirigió al agente que estaba junto al del pelo rubio.

—Yo debo cumplir con mi obligación, aunque la señorita sea la sobrina de...

—Ya estoy aquí —le atajó la joven, acercándose—. Mi tío baja enseguida. ¿Quiere ayudarme a llevar unas maletas? Están en el *hall*.

El del pelo cano se había escondido detrás de la puerta. Las maletas estaban a un lado. El agente las vio enseguida.

Tomó una, pesaba bastante, pero no requería un gran esfuerzo. Tomó luego el maletín y con ambos se dirigió hacia el coche.

—¿Qué llevan ahí dentro? —inquirió.

—Pregúnteselo a mi tío. No tardará ni mi minuto. ¿Quiere dejarlas en el portaequipajes? Detrás, por favor.

El guarda asintió, mientras el rubio ponía ya en marcha el motor.

Apenas había chocado ambas maletas salió el del pelo cano, y como si hablara con alguien, mirando hacia el interior, dijo:

—Sí, señor Salvelot... Ahora mismo se lo diré.

El guarda pudo oírlo. Cerró el portaequipajes, mientras el otro se acercaba a buen paso y abría la puerta trasera del auto.

—El señor Salvelot irá en su propio coche.

El auto arrancó.

El agente notó algo raro y se apresuró a dirigirse a la puerta lateral para ver si, en efecto, el señor Salvelot bajaba.

No vio a nadie.

Asomó fuera y observó cómo el coche, a buena velocidad, estaba ya en la puerta de salida.

El portero saludó a la muchacha.

—¿Ha visto ya a su tío?

—Sí. Le he visto.

—Cuando le he llamado, dijo que estaba con una visita, que aguardara usted unos instantes.

El guarda daba voces.

—¡Eh! ¡No abra la puerta! ¡Espere un momento!

El rubio dio muestras de impaciencia.

Ella le dio un golpe con el pie para que se serenara.

El guarda llegó jadeante.

—¡Un momento!

El portero se volvió hacia el recién llegado.

—¿Es que pasa algo?

—No sé... Pero esta señorita dijo que es la sobrina del señor Salvelot.

—Sí. Tiene la tarjeta firmada. Yo mismo he hablado con el señor Salvelot para informarle de su visita.

El guarda quedó algo indeciso.

—Ábranos, por favor. Y deje la puerta abierta. Mi tío vendrá detrás de nosotros.

—Yo no he visto que el señor Salvelot bajara la escalera.

—Se habrá olvidado algo... Y si quiere saber qué es, se trata de una maleta. Si desconfía de su propio jefe, ya hablaré yo con mi tío de ello... Vamos, Serge, abra usted la puerta. ¿Es usted Serge, verdad? Tiene dos hijos que estudian. Mi tío paga la carrera de uno de ellos y el otro disfruta de una beca.

El portero no necesitó más detalles, hizo un gesto con la cabeza, dirigiéndose al guarda como queriendo decir: «¿A qué viene tanto jaleo?».

Por otra parte, estaba el genio vivo de Salvelot, y era mejor no meterse nada menos que con una sobrina, que demostraba llevar sangre de Salvelot en sus venas por su carácter más bien agrio.

Así que el portero franqueó la puerta y el auto salió rápidamente.

La alarma empezó a sonar dos minutos más tarde.

CAPÍTULO II

El coche fue abandonado entre la vegetación de un camino vecinal de escaso tránsito.

Allí, otro auto con matrícula de Versalles esperaba al trío.

Cambiaron de vehículo y prosiguieron la marcha. Ya en pleno camino, ella comenzó a despojarse de la peluca, de la falsa cicatriz y de las lentillas de contacto.

Se retocó el maquillaje y a través del retrovisor pudo ver su aspecto auténtico. La suya habría sido entonces una descripción totalmente opuesta a la de la atracadora.

Su pelo era corto, rubio. Sus ojos azules, intensos; sin cicatrices, cutis fino, y algo más que cambiaba su figura en general, que consiguió con una leve manipulación. Introduciendo las manos en el escote, sacó un abultado artefacto, con lo que sus senos disminuyeron considerablemente, redondeando su silueta.

Se quitó la chaqueta y descorrió el forro por medio de una cremallera vegetal, por lo que dicho forro quedó convertido en una blusa azul pálido y mangas abombadas.

La falda reversible cambió por completo cuando ella se la quitó para ponérsela al revés.

Durante el itinerario cambió también sus medias por unas oscuras, que hacían más sugestivas sus bien torneadas piernas.

No fue la muchacha sola quien cambió sus aditamentos postizos.

El hombre de pelo cano era ahora un varón de más o menos la misma edad, pero su cabello rapado a lo parisién era de tono grisáceo, sus pestañas se tornaron más finas y menos grises. Lo único que no cambió fue el traje.

—Nos estamos aproximando —murmuró el que conducía, que era el único que no había introducido el menor cambio en su

persona.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer —repuso la muchacha.

Nadie replicó.

El automóvil se acercaba a un parador concurrido por camioneros. Había abundancia de vehículos aparcados en la explanada que daba acceso al local.

Era la hora de tomar un buen refrigerio para el largo kilometraje que cada uno de los conductores debía realizar.

El automóvil del trío se detuvo.

En aquellos momentos, nadie estaba al tanto de quién se apeaba de él.

Bajaron los tres, pero entraron por separado.

Los dos hombres lo hicieron después de la muchacha, y mientras los varones se dirigían a los lavabos, ella introdujo unas monedas en un teléfono público y se limitó a decir:

—Listo.

Al otro lado del hilo colgaron.

Los dos hombres seguían en la *toilette*. Ella, sin esperarlos, salió del local.

Algunos chóferes se volvieron para mirarla y admirarla. Era una mujer realmente atractiva, llamativa casi, aunque anduviera con aire absolutamente natural.

En vez de dirigirse al coche, fue hacia la carretera secundaria, y anduvo unos cien metros hasta la parada del autobús.

Como una parisiense cualquiera, subió al coche en cuanto se detuvo y pagó al chófer el importe de su billete.

Ocupó un asiento vacante y, como la cosa más natural del mundo, se entretuvo en mirar el paisaje a través de la ventanilla, igual que si saliera de su casa para efectuar un viaje rutinario. Lo anterior parecía no contar en absoluto para ella.

Los dos hombres que habían entrado en el parador, salieron tras tomar sendos cafés, regresaron al coche en el que habían llegado hasta allí y tomaron la ruta de regreso a París.

Por la carretera escucharon sirenas de coches policiales, vieron pasar motoristas y guardaron turno en un puesto de control.

El conductor se había quitado los lentes negros y, por fin, la peluca rubia. Ahora era un hombre castaño, con lentes de concha, que viajaba en compañía del hombre del ex pelo cano.

Ambos mostraron una absoluta seguridad.

La policía de carreteras observaba los coches y sus ocupantes. El paso por el control se hacía rápidamente.

Y entretanto, el autobús que había tomado la muchacha seguía su ruta hasta llegar al cruce del camino de la fábrica de productos químicos.

Allí tenía una parada.

La muchacha se apeó.

Durante el corto camino que conducía a las dependencias de la fábrica vio abundante policía.

Ella avanzó con paso firme y seguro sin ser molestada.

Al llegar ante la cerrada puerta de los edificios de oficinas, el portero estaba siendo interrogado por dos hombres de paisano.

Al cruzar ella por delante de la puerta, sonrió al portero.

—Buenos días, señorita Deveraux.

—Hola, Serge —saludó ella alegremente, para, enseguida, hacer una transición y preguntar—: ¿Ocurre algo?

—Sí, señorita Deveraux... Se ha cometido un atraco. No hace ni media hora. Ha sido horrible.

—¡Dios mío! ¿Han matado a alguien?

—No, no... Pero los asaltantes han obrado con una sangre fría pasmosa. Eran tres... Ahora estoy relatando lo ocurrido al inspector Delormais...

Delormais era un hombre joven, de aspecto cordial. No parecía que estuviese investigando un hecho de tanta trascendencia.

Se volvió hacia la muchacha y murmuró:

—¿Trabaja usted aquí? Mi nombre es George Delormais, inspector de la brigada criminal.

—Sí, trabajo aquí —repuso ella, con una sonrisa—. Mi nombre es Caroline Deveraux.

—Por lo visto no estaba usted aquí cuando ocurrieron los hechos.

—No. Y me alegro... Siento horror por los atracos.

—Supongo que sí. ¿En qué sección trabaja usted?

—Contabilidad. Mi jefe es el señor Salvelot.

—¿El director general?

—Soy su secretaria, para ser más exacta.

—¿Y siempre llega a esta hora? —inquirió el policía.

—¿Me está interrogando?

—¡Oh, no! Era una simple pregunta, aunque, llegado el momento, si lo creo oportuno, tendré que interrogarla oficialmente... Por lo poco que sé, los ladrones parecían conocer muy bien el edificio, las costumbres y la disposición del departamento de caja.

—Puede usted interrogarme si le place. Por anticipado le diré que hoy he llegado más tarde porque tenía que ver a una tía mía que vive en Amiens. El tren no regresa hasta las 8,30, y pedí permiso a mi jefe para llegar un poco más tarde.

—No le he preguntado tanto... Vaya, no quiero entretenerla.

Ella sonrió levemente y con paso firme de quien está acostumbrado al lugar, se dirigió por la puerta principal al interior del edificio.

Poco después estaba ante su jefe, Salvelot.

A pesar del atraco, no estaba en su peor humor.

—Me han dicho lo que ha... —empezó ella.

—Sí. Se han llevado un buen montón de francos. El seguro cubrirá el riesgo, pero lo más fastidioso es la intervención de la policía... En fin, señorita, para nosotros la jornada continua. Por cierto, ¿qué tal su tía?

—Está un poco pachucha, pero no creo que sea nada grave.

—Me alegro. Tome el bloc; voy a dictarle unas cartas...

Y en plan absolutamente profesional, Caroline Deveraux tomó papel y bolígrafo para recoger taquigráficamente las cartas que iba a dictarle su jefe.

CAPÍTULO III

El comisario leyó los informes de los agentes encargados del asunto y luego pidió quedar a solas con el inspector Georges Delormais.

—He leído la fría letra de los informes, las impresiones de cada uno y toda la rutina en general. Ahora quiero su opinión, Georges.

El joven inspector sonrió, se rascó la barbilla con un gesto maquinal y característico y murmuró:

—Hummm...

—¿Tan difícil lo ve?

—Por lo menos una persona conocía bien el funcionamiento interior del departamento de caja.

—Esto es evidente —repuso el comisario, con gesto cansado.

—Por lo que a mí respecta, el atraco parece más bien una burla.

—Una burla de cuatro millones de francos. Tiene un estimable sentido del humor, Georges.

—Señor comisario, mi querido y estimado colega superior, Galard..., esto me huele a la burla del siglo.

—Ya lo ha dicho antes. Siga.

—Veamos. Dos hombres y una mujer se presentan en la fábrica. Ella muestra una tarjeta con la firma de Salvelot y se finge sobrina suya. Sube directamente a la sala de guardia con un hombre cuarentón de pelo cano y de escasas palabras. Utilizan ambos metralletas, con las que amedrentan a los empleados. Roban tranquilamente el dinero. Se hacen ayudar por un guarda, con alguna exigencia, y desaparecen. Pero ¡ah!, lo más importante: dejan sus metralletas en el rellano. Armas automáticas, modernas, pero descargadas. —Y deletreó, repitiendo—: Descargadas...

—Descargadas —repitió el comisario, pensativo.

—Ello podría inducir a pensar que los atracadores no querían

complicarse la vida causando muertes.

—No es la primera vez que atracadores utilizan pistolas de plástico —repuso el comisario.

—Cierto. Pero éstos han usado armas auténticas; podían haberlas cargado, pero no lo hicieron. El atraco desde que entraron en la fábrica hasta que el portero les franqueó la puerta de salida, con las interrupciones del guarda, duró exactamente seis minutos. Es un récord.

—Hasta ahora, sólo ha hecho que alabar a los asaltantes como si los admirara, Georges.

—¿Por qué no me invita a cenar esta noche, comisario? Me alegrará saludar a su encantadora esposa, degustar sus excelentes guisos, y charlaremos más ampliamente de todo esto.

—Tal vez esté equivocado, amigo mío, pero yo creía que el Quay des Orfèvres teníamos una oficina para tratar de asuntos de trabajo.

—Déjeme poner en orden mis ideas, jefe. Éste, más que un trabajo de investigación, es de cálculo. Tengo una lista de las personas Con acceso al departamento de caja. He dado orden de que cada una de esas personas, a partir de ese momento, quede estrecha y discretamente vigilada. Trabajo de rutina. Ver si gastan más de la cuenta, seguimientos para comprobar si se entrevistan con personas sospechosas, conocer las amistades y...

—Etcétera, etcétera —cortó el comisario.

—Esto, como digo, es pura rutina, pero a veces la rutina se convierte en una gran aliada.

—¿Qué más?

—Esperar.

—Y entretanto, ¿qué dice Salvelot?

—Salvelot está furioso por la pérdida de tiempo que representa nuestra investigación. El no pierde nada; aparte de que es muy rico, el riesgo lo tenía cubierto por una compañía aseguradora. Ahora sus agentes también están investigando.

—Éste es un caso criminal. No quiero que nadie se inmiscuya.

—Bueno. Ellos trabajan para recuperar el dinero. Si no lo consiguen, perderán lindamente cerca de cuatro millones. Están autorizados para llevar adelante las pesquisas.

—Bien, Georges, venga esta noche. Cualquier cosa, cualquier detalle por insignificante que le parezca, comuníquemelo. Dos

cabezas piensan más que una.

—Sí, jefe. ¿La comida será a las siete?

—Más o menos.

—Hasta entonces.

—¿Tiene que hacer algo ahora?

—Pasear.

—Le felicito. No todo el mundo tiene tiempo de pasear.

Georges sonrió.

—A mí me ayuda a pensar.

—¿Siguen los controles, verdad?

—¡Oh, sí! Todo lo rutinario se ha llevado a cabo... Aeropuertos, estaciones, etcétera, etcétera. ¡Ah! Pero dudo que se encuentre el coche negro... Era robado, ya tenemos la denuncia.

—¿Ha aparecido?

—Todavía no. Pero apueste a que lo han abandonado... Cuando se planea algo tan concienzudamente no se deja nada al azar. Es posible que el coche fuera abandonado y reemplazado por otro apenas cometido el golpe.

—¿Han buscado por los alrededores?

—Sí. Pero hasta el momento no hay noticias.

—Dos hombres y una mujer no son difíciles de encontrar... Y esa mujer, según he visto en sus informes, llevaba una cicatriz.

—Sí. Una cicatriz que intentaba disimular. Su descripción está dada, así como la de sus acompañantes.

El comisario asintió con desgana.

Georges salid de su despacho para pasar a la sala donde los agentes estaban trabajando en otros asuntos.

—¿Algo nuevo? —inquirió.

—Nada. No hay rastro del coche —repuso uno.

—Esta noche estaré en casa del comisario. Si hay algo importante, llamad allí.

—Dalmer está de guardia.

Georges Delormais asintió y salió a la calle.

Para él, aquello no era ni más ni menos que el arranque de un caso más de los muchos que había resuelto en su corta pero brillante carrera de policía. Al principio todos parecían difíciles; luego, poco a poco se iba desenredando la madeja y se encontraba el cabo que conducía al final...

La rubia Caroline Deveraux se encontraba en su apartamento. Había preparado una cena íntima como cualquier muchacha de su edad —veintitrés años— que aguardara a un invitado importante. Importante para ella.

Vestía un traje negro que realzaba sus suaves formas y entonaba con su cabello rubio.

Cuando llamaron al timbre de la puerta, antes de abrir, se miró al espejo.

Quedó satisfecha de su aspecto en general y se decidió a abrir.

En el umbral apareció un hombre joven, de unos veintiocho años. Llevaba un traje *sport*, con corbata, y su aspecto resultaba elegante y deportivo a la vez.

—Hola, encanto —saludó.

Apenas ella había cerrado la puerta, el joven la besó en una mejilla. Él quiso correr sus labios hasta encontrar los de la joven.

Ella esquivó suavemente.

—Aguarda, aguarda. Empiezas muy pronto.

—Hoy es un gran día.

—Lo será para ti. Pasa.

—¿Estás nerviosa? —murmuró él, siguiéndola hasta el improvisado comedor, donde esperaban unos bien preparados entremeses y unas botellas de vino con un cubo de hielo.

—Ahora ya me ha pasado. Pero he sufrido lo mío.

—¿No has leído los periódicos? Todos coinciden en alabar la sangre fría de la misteriosa mujer que se hizo pasar por la sobrina del todopoderoso Salvelot.

Ella se encogió de hombros.

—No te hagas la modesta... Lo hiciste mejor de lo que esperaba.

—Cuando hago una cosa, Charles, procuro hacerla bien. No soy una comediente fracasada, como opinaron los que me hicieron la prueba. He querido demostrar que puedo ser una buena actriz... Pero tengo miedo.

—¿Miedo? —sonrió él, intentando rodearla de nuevo.

Ella se apartó y se dirigió hacia la cocina.

Voy a ver cómo está el pollo.

—Espera...

—Está en el horno, Charles. No quiero que se me queme.

El aguardó con una sonrisa en los labios. Paseó la mirada por la estancia y al fin fue donde estaban las bebidas. Se preparó un pernod. Añadió unos trozos de hielo del cubo que refrescaba el vino y se lo tomó, para paladearlo con sibaritismo.

Ella regresó.

—Todo está listo...

—Como esta mañana. Aguardaba ansioso tu llamada... He sido el primero en saberlo... No sabes con que deleite lo comuniqué a tío Bernard.

Ella puso un gesto frío, indiferente.

—Tenía que hacerlo, querida... Tenía que demostrar a tío Bernard que sirvo para algo más que para calentar un sillón y ser eternamente el segundo de a bordo en una compañía con procedimientos anticuados, con un bagaje ochocentista... Tenemos que renovarnos, ¿comprendes?

—¿Y para eso me has utilizado a mí?

—¿Te arrepientes?

—No. No me arrepiento... Pero ahora que pienso en todo...

—Olvídalo... —Dejó el pernod y se aproximó—. Anda, dame un beso.

—¿Cuándo devolverás el dinero?

—No hay prisa —repuso él, sujetándola por la cintura.

—Dijiste que...

—¡Oh, claro que sí! Lo devolveré. Te di mi palabra.

—No lo entiendo... De veras que no lo entiendo.

—Pero entiendes, en cambio, que cuando traté de presentarte a tío Bernard, él rechazó la presentación... Soy un Achard. Charles Achard, y debo casarme con una mujer de alcurnia. Con Veronique Leblanche... ¡Como si estuviéramos en el siglo pasado, cuando las bodas las concertaban los mayores y los matrimonios para conseguir fusiones importantes estaban a la orden del día! No. Yo te quiero a ti, diga lo que diga mi tío. Tengo una patente mía. ¡Exclusivamente mía! Con ella, muchos atracos podrían ser abortados. Una alarma infalible. Pero mi tío la rechaza porque la idea no ha partido de él. Pues bien, yo he querido demostrarle que entre otras pólizas, la de la fábrica de productos químicos representa un déficit mientras no se implante mi sistema, mientras yo no pueda disponer, como

accionista que soy y como miembro de la sociedad Achard... Y quiero ser alguien y que mi tío te reciba y te respete. No deseo casarme con Veronique, ni con ninguna otra que yo no elija... En fin, he hablado demasiado.

Ella sonrió.

—Me gusta que me tengas en tanta estima.

—¿Estima? Te adoro, vida mía, y no creas..., cuando te mandé a realizar ese trabajo..., primero era como una broma; luego, cuando ya todo estaba en marcha, sufrí... Sufrí mucho, y esta mañana estuve a punto de llamarte. ¡Déjalo todo! Creo que me faltó nobleza para pedírtelo...

El rostro de Charles Achard había sufrido una mutación, pasando de su estado alegre a otro que experimentaba una ligera desazón.

—Como tú dices, todo ha terminado.

—He expuesto tu vida.

—Nada podía fallar, querido.

El la abrazó.

—Te quiero. Te quiero más de lo que supones... Y si has dado pruebas de amarme también. Cualquier otra chica no se hubiese atrevido a tanto...

—Cualquier otra chica, no. Pero yo no soy tampoco una muchacha corriente. Tú lo has dicho un montón de veces.

—No, Caroline. Tú eres la más maravillosa de las chicas — repuso él.

CAPÍTULO IV

El inspector Georges Delormais concluyó de saborear el café de la esposa de su jefe.

—Creo que en París no hay lugar donde poder tomar un café como éste.

—Usted siempre tan galante, Georges —sonrió la esposa del comisario.

El hombre sacó un estuche de piel de su bolsillo y dio a elegir un puro a su subordinado.

—No es por despreciárselo, pero me gustan más los cigarrillos.

—Traen el cáncer —refunfuñó el comisario.

—Y el beber destroza el hígado, pero yo tuve un abuelo que era un empedernido bebedor y lo enterramos a los noventa y nueve años... Tal vez no cumplió los cien a causa de la bebida.

—¿Ha pensado algo? —repuso el comisario, tras lanzar al aire una bocanada del puro que había encendido.

Su esposa intervino:

—Ustedes querrán hablar... Será mejor que pasen al salón mientras yo pongo orden a todo esto.

—Sí. Vamos al salón —repuso el dueño de la casa.

Poco después, comisario e inspector estaban sentados en sendos y cómodos butacones.

—Se ha encontrado el coche —empezó Georges.

—¿El utilizado para el atraco? —inquirió el jefe.

Georges asintió.

—¿Alguna señal? ¿Algún detalle?

—Está siendo reconocido por los peritos. De primera impresión no existían huellas de ninguna clase, ni rastros, ni ropas, nada... El coche fue robado en Austerlitz antes de las ocho de la mañana del

mismo día. Es decir de hoy.

—¿Y esa sobrina de Salvelot?

—Salvelot tiene una sobrina, en efecto, y reside en París, pero durante el tiempo que tuvo efecto el atraco se hallaba en su casa, durmiendo. Lo atestiguan los criados, la doncella, el portero. En fin... No hay caso.

—¿Tiene pase esa sobrina?

—Según Salvelot, nunca había estado en la fábrica. No tenía pase, pero bastaba anunciar su presencia para que el propio Salvelot ordenara al bueno del portero franquearle la entrada.

—Si nunca había ido a la fábrica, a Salvelot no le extrañó.

—No. Porque sabía que estaba preparando el viaje para pasar una temporada en Deauville. Pensó que venía a despedirse. Parece que no se ven mucho, pero se llevan bien. Esa clase de gente de las altas esferas se reúnen en lugares comunes: cócteles, fiestas, inauguraciones... La sobrina de Salvelot es bastante conocida en sociedad.

Georges buscó en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó unos recortes de periódicos.

Eran tres. Eran retazos de revistas de sociedad.

—Es esa muchacha rubia, la del mini-mini...

—Le falta poco para ir desnuda —repuso el comisario—. Sí. La tengo vista. Mi mujer también adquiere esta clase de revistas.

—Serge, el portero de la fábrica, no debe leerlas porque hubiese visto enseguida que la mujer que iba con los asaltantes no se parecía en nada a ésta. —Y recogió los recortes para guardarlos nuevamente en su bolsillo—. Según su versión, era diametralmente opuesta... Y con esa cicatriz.

—¿Ha pensado en alguna antigua empleada?

—Sí. Esto ya ha quedado bastante claro. La descripción de la atracadora no coincide con ninguna antigua empleada de las oficinas de la fábrica, pero no hay que descartar la posibilidad que esa chica de sangre fría, serena e impasible utilizara un disfraz. Hoy es fácil: pelucas, postizos...

—O sea, que ha adelantado poco.

—Lo único que perdió la muchacha fueron unas gafas ahumadas. Se han examinado. Son gafas caras. No son baratijas de

bazar y las venden en determinadas tiendas. En un día no puede hacerse todo, pero ya he destinado a algunos hombres para que investiguen en particular. Es otra cuestión rutinaria.

—¿Qué opina de Salvelot? —inquirió repentinamente el comisario.

—¿Salvelot? ¿Cómo cerebro rector del golpe?

—Ya sé que es absurdo, pero... —El comisario se encogió de hombros.

—No —murmuró Georges, tras un silencio, añadiendo seguidamente—: Pero esto me hace recordar a su secretaria. Se llama Caroline Deveraux... Esta mañana ha llegado un poco tarde. Es una muchacha muy mona. Espero que me resulte un placer interrogarla. Dijo que había ido a visitar a una tía suya en Amiens. Sí... Mañana almorzaré con ella —aseguró el policía.

* * *

La cena entre Caroline y Charles había concluido. Ahora, los dos bailaban con las luces atenuadas, a compás de una melodía suave con la voz de Charles Trennet.

Parecía que ambos no pensarán en otra cosa que en sí mismos; que aquello tan trascendental que había hecho vender más periódicos de los normales no le afectara en absoluto.

Al concluir la música, ella murmuró:

—Estaré más tranquila cuando sepa que has devuelto el dinero.

—No pienses en esto —repuso él—. Ahora estamos tú y yo y...

—Charles.

—Querida... ¿No tienes confianza en mí?

—Soy una ladrona. Para todo el mundo lo soy. Sólo tú y yo y tus amigos saben que lo de hoy ha sido una comedia. Una comedia que la hemos representado como si fuera verdad.

—Carol... —murmuró él, con una sonrisa alentadora—, quiero que la compañía Achard pague la póliza, quiero que mi tío personalmente firme el cheque, y quiero, por fin, que reconozca su error, la antigüedad de sus procedimientos... No pasarán muchos días... Entonces y sólo entonces el dinero será devuelto íntegramente a la fábrica de productos químicos con una nota para la Prensa... Seremos famosos en el anonimato y todo habrá salido

conforme a mis deseos.

Ella se dejó caer en un diván.

—¿Qué te pasa? —susurró él, aproximándose.

—No sé... Cada vez que lo pienso... Tengo la impresión que hice todo aquello estando drogada, influida por una fuerza superior a mí.

—Lo hiciste por mí, y tal vez para demostrarte a ti misma que podrías representar un papel a la perfección y... ¿Por qué no? También te atraía la aventura. La sientes en el fondo.

—Sin embargo, no había un solo átomo de egoísmo en mi proceder...

—Y en mí tampoco, querida... Al fin y al cabo, soy el heredero de la compañía; tío Marcel no tiene más parientes que a mí. Al planear lo de hoy no hago más que velar de un modo indirecto por mis intereses. Figúrate que el atraco hubiera sido de verdad...

Se sentó a su lado.

—Anda, ánimo. Ha sido una buena cena... ¿Quieres que salgamos?

—Sí. Necesito que me de el aire.

Se dirigió a su habitación para sacar un abrigo que ponerse.

—¿Cómo se han portado mis amigos? —preguntó Charles, levantando la voz.

—Bien..., en general —repuso ella. Salió con el abrigo puesto.

En seguida, añadió:

—Louis..., el que llevaba el coche, es un poco raro.

—Ya le conoces. No es la primera vez que lo ves.

—No, pero... No sé... Su compañía no acababa de agradarme.

—No tendrás que volver a verle. Ni a él, ni a Blanco. Blanco era el del pelo cano.

Charles se apresuró a añadir:

—Y no hablemos ya más de esto. Anda. Salgamos. La noche es joven...

CAPÍTULO V

Georges Delormais, el inspector de policía, se despidió de la esposa de su jefe y salió a la calle.

La noche era agradable, la gabardina bastaba para guarecerse de la suave brisa.

El comisario, antes de cerrar la puerta de su casa, de planta y piso, murmuró:

—¿Todavía sale con esa pelirroja de los anuncios?

—Cuando tengo tiempo —repuso el policía.

—Descanse esta noche. Temo que este caso sea más complicado de lo que su optimismo le hace ver.

—Temo que la pelirroja se esté divirtiendo en el Pop Club o en un sitio de éstos. La publicidad no está reñida con la diversión. Particularmente, odio los anuncios, pero no las anunciantas. Y hace bien si se divierte. La culpa es mía por tener un oficio como éste.

El comisario sonrió. Sabía que Georges era un buen policía y que difícilmente sabría pasarse con su trabajo.

Georges avanzó por la calle. Era un barrio poco transitado y sus pasos resonaban sobre las baldosas de la acera.

La luz de un farol iluminó su figura alta, y bajo su ceñida gabardina se adivinaba un cuerpo atlético, bien cultivado.

Georges pisaba con firmeza, con elegancia. No se parecía en nada al policía vulgar y corriente tantas veces visto en el cine o relatado en novelas.

Tenía porte aristocrático y su pose natural, su modo de vestir, su persona en general, hubiera destacado en cualquier ambiente elegante y mundano.

No pensaba en sí mismo mientras con el mismo paso seguro se dirigía hacia su casa.

Vivía en un barrio elegante y tenía casa propia. No había ganado el dinero de su residencia como policía. Todos sabían que aquella propiedad la había heredado de sus mayores.

La casa estaba cerca del río y rodeada de un pequeño jardín que raras veces podía cuidar por sí mismo; pero un viejo jardinero, de tanto en cuanto se preocupaba de remover la tierra y sembrar las flores predilectas del policía.

La luna se filtraba por entre los árboles y silueta la casa, que tenía forma rectangular. Larga de fachada y más estrecha de fondo.

Descendió los escalones hasta llegar a la verja, más simbólica que real, que daba acceso al recinto.

Todo estaba a oscuras, sólo la sombra que proyectaba la luna iluminaba su figura, alargándola.

Sacó la llave del bolsillo de su gabardina y al mismo tiempo tomó el paquete de *gitanes*, eligiendo un cigarrillo que no encendió.

Introdujo la llave en la cerradura y dio la vuelta.

El cerrojo giró y la puerta quedó abierta.

Apenas había cruzado el umbral, se quedó un momento inmóvil, como si husmeara algo indefinido.

Se decidió a cerrar cuidadosamente, procurando hacer el menor ruido posible.

Siguió inmóvil.

Su nariz entró nuevamente en funciones.

Sonrió al percibir el leve aroma de un cigarrillo rubio de importación.

Egipcio, probablemente.

Se descalzó de los zapatos y arrojó la gabardina sobre una banqueta para seguir avanzando por el pequeño *hall*.

El aroma que había impregnado parte de la casa salía principalmente del lado derecho, donde se abría la puerta del salón.

Procuró que el *parquet*, algo gastado, no crujiera bajo sus pies descalzos.

Se quedó en el umbral, procurando habituar sus ojos a la oscuridad.

De su funda sobaquera sacó su revólver, su otra mano libre extrajo una linterna plana.

La encendió rápidamente, dirigiendo el haz de luz hacia el diván.

El foco iluminó perfectamente a la muchacha. Estaba medio recostada, sin fumar, aunque a su lado, en la mesita, había el cenicero con un par de colillas.

La muchacha era alta, de largas piernas, que ahora descansaban desnudas, apenas cubiertas con un falda extraordinariamente corta.

No se movió en absoluto.

La voz de Georges ordenó:

—Póngase en pie. Queda detenida por allanamiento de morada.

La pelirroja, con una adorable sonrisa, repuso:

—No existe allanamiento de morada cuando una posee la llave que le ha facilitado el dueño de la casa.

Se terminó la comedia. Ella encendió la luz de la lámpara de pie próxima adonde se hallaba y se levantó.

Georges guardó el revólver y la linterna y se acercó a la bella, que a su vez iba al encuentro del policía.

—Debería estar enojado contigo. Hace dos días que no te veo, Georges... ¿Es que te ha secuestrado la policía?

—Monique... Estás más hermosa que nunca.

La rodeó con sus brazos y añadió:

—Aunque no lo creas, he estado pensando en ti. El comisario ha hecho alusión a la «chica de los anuncios».

—El comisario es un tirano...

—Hay trabajo, nena.

La besó en los labios fugazmente. Ella se dejó caer nuevamente en el diván, pero por el lado opuesto, intentando —y consiguiendo — alcanzar el tocadiscos automático.

Movió la palanca, e inmediatamente, el mecanismo avanzó, dejando caer uno de los discos.

La estancia quedó invadida por una música revoltosa, desacompasada, todo ritmo, frenesí.

—Algo más suave, por favor —pidió él, mientras se aflojaba la corbata.

—¡No! —protestó la pelirroja de «los anuncios»—. Si pongo algo más suave, te pones a pensar.

—Es mi trabajo.

—Ahora es fiesta. —Se levantó, atrayéndole con mimo, con deseos de acariciarle.

Él se recostó con la cabeza apoyada en el regazo de la

muchacha.

Ella le dio masaje en las sienes.

—Olvídalo todo ahora. Los policías también tenéis derecho a hacer fiesta, aunque sea sólo para unas horas...

—Sí... —susurró—, sigue tocándome las sienes, me gusta, pero, por favor, saca esa música de monos.

—¿En qué piensas ahora? ¿Qué nuevo caso llevas entre manos? ¿El asesinato de una vieja rica? ¿Un crimen, pasional? ¿Se ha vuelto a encontrar alguna muchacha desnuda y violada en el Sena?

—¿No has leído los periódicos de la tarde? —inquirió él, después de un silencio.

—Los periódicos... ¡El atraco a la fábrica de productos químicos! —exclamó Monique, adivinando.

—Exacto.

—¡Oh! Yo admiro a esa gente. Lo hicieron todo en un santiamén. ¿No crees que son dignos de admirar?

—Sobre todo teniendo en cuenta que se han llevado casi cuatro millones... ¿Sabes lo que tardaría yo en ganar cuatro millones?

—¿Estás aliado con los atracadores?

—Sí...

—Me lo suponía. Por fin has hecho algo decente.

El se incorporó y pulsó el botón automático del tocadiscos; instantes después, la música varió. La melodía se tornó suave, acariciadora.

—Esto está mejor —murmuró el policía.

—De veras, Georges, hablando en serio, ¿crees que te será fácil atraparles?

—No soy adivino —repuso él.

—¿Y si consigues recuperar el dinero que te darán?

—La paga del mes.

—Pero hay una compañía de seguros... ¿No ofrecen recompensa?

—Probablemente, pero procurarán ser ellos primero quienes encuentren la «pasta».

—¿Y si la encuentras tú?

—¡Oh! Hace un momento me invitabas a descansar —se revolvió, buscando los labios de la muchacha de «los anuncios».

Ella se los ofreció.

—Cambiemos de tema... Mañana será otro día. Es orden del comisario, ¿sabes? Hoy necesito descansar.

Y volvióse a abrazar a la pelirroja de formas estilizadas y ojos grandes.

* * *

Charles Achard y Caroline Deveraux salían de un *dancing*. Ninguno de los dos parecía haberse divertido demasiado.

El iba a tomar el coche para invitar a la joven a que subiera.

—Prefiero ir dando un paseo —dijo Caroline.

—Es lo que iba a proponerte yo —repuso el heredero de la compañía de seguros.

Caminaron en silencio.

Las calles ahora estaban más solitarias. Algún raro transeúnte cruzaba de cuando en cuando.

Una pareja de gendarmes cruzaron en bicicleta por el centro de la calzada.

El reloj de Charles anunciaba la medianoche.

—Dentro de un minuto será sábado. No tendrás que ir a la oficina. Te vendrá bien para descansar —murmuró él.

—¿Dónde está el dinero? —preguntó ella, de súbito.

—¿Otra vez pensando en lo mismo?

—Es una obsesión. No se comete un atraco todos los días.

—No lo digas tan fuerte.

—¿Está seguro?

—Claro que está seguro. Louis y Blanco lo dejaron en el lugar convenido.

—¿Y si tus amigos te traicionaran?

—¿Louis y Blanco? Estás loca... Louis tiene más dinero que yo... ¿Sabes dónde está ahora? Yo te lo diré. En Deauville, jugando en el casino. En una noche perderá un montón de miles y se quedará tan tranquilo. En cuanto a Blanco, tiene una buena renta. Le gusta la buena vida y estará en su casa rodeado de gheisas.

—¿Gheisas?

—Bueno. No son auténticas, ni japonesas siquiera, pero él prefiere llamarlas así.

Habían llegado a la esquina y tenían que cruzar.

El la cogió con más fuerza.

—Vamos, vamos, olvídate de todo...

Comenzaron a pasar.

De pronto, un coche que había permanecido con las luces apagadas, como si estuviera aparcado al borde de la acera, se puso en marcha.

Su anónimo conductor aceleró, pisando hasta el fondo.

Los focos de carretera deslumbraron a la pareja mientras el vehículo se lanzaba materialmente contra ellos.

—¡Cuidado! —exclamó la joven.

Intentó desprenderse de Charles, mientras éste echaba a correr.

El auto, a escasa distancia, hizo una brusca maniobra para atraparles, pero ambos a la vez se lanzaron al suelo.

Las ruedas casi rozaron los pies de Charles.

Jadeantes sobre los adoquines, vieron alejarse al vehículo.

Nadie presencié la escena.

En el suelo, jadeante todavía, ella murmuró:

—Charles... Esto no hubiera sido un accidente.

El la miró cejijunto, pensativo.

—Han intentado matarnos, Charles. Han intentado matarnos — repitió ella, con el rostro contraído.

—Calla, Carol. Calla, no digas esto. No tendría sentido...

CAPÍTULO VI

Eran casi las doce cuando el inspector Georges Delormais decidió bajar del auto en el que había permanecido sentado frente al apartamento de Caroline.

Subió tranquilamente la escalera, y al llegar al rellano enfiló por el pasillo hasta detenerse frente a la puerta señalada con el número dos.

Llamó.

Nadie contestó de momento.

Carol estaba atendiendo al teléfono.

Al otro lado del hilo, la voz de Charles le informaba:

—Puedes estar tranquila. Louis estuvo en el casino de Deauville, tal como te había dicho... Después de jugar se metió en la cama y no se ha levantado hasta hace unos minutos... En cuanto a Blanco, me equivoqué. En vez de ir a su casa decidió pasar el fin de semana en Niza. Por tanto, ninguno de los dos tuvo nada que ver con lo sucedido anoche... Quiero que estés tranquila:

El timbre de la puerta, pulsado por Georges, volvió a llamar.

Caroline replicó a través del auricular:

—Esto no quiere decir que no fueran ellos... Pudieron pagar a otra persona para que nos siguiera...

—No tiene sentido, Carol.

El inspector volvió a llamar.

—Espera un momento. Alguien está llamando. Voy a abrir.

—¿Nos veremos esta noche?

—Espera, Charles... Si no abro van a salir todos los vecinos...

Caroline dejó el teléfono para acudir a la puerta. Al abrir no reconoció al principio al policía, aunque su rostro le pareció familiar.

Él se quitó el sombrero con naturalidad y murmuró:

—Soy Georges Delormais, de la brigada criminal.

—¡Oh, sí! Discúlpeme. Estaba hablando por teléfono. Pase. En seguida estoy con usted.

Si la llegada del policía la había sobresaltado, Caroline no lo demostró en absoluto.

El avanzó, mientras echaba una ojeada en torno suyo. — Lamentaría importunarla— murmuró.

Y ella, tomando el auricular y con una sonrisa en los labios, repuso:

—Es sólo un minuto, inspector.

Al otro lado del hilo, Charles había captado la palabra «inspector».

—¿Un policía? —inquirió, un tanto sobresaltado.

—Charles, lo siento, tengo visita. Te llamaré después...

—¿Es un policía? —insistió él.

—Se trata del inspector... ¿Cómo ha dicho, inspector? ¡Ah, sí! Delormais. No... No me ha dicho lo que quiere, pero es de suponer que se trata de lo del atraco.

—¡Ten cuidado, Carol! —advirtió Charles—. Sería difícil demostrar que pretendemos devolver el dinero.

—Querido, yo no sé nada de esto, pero comprende que la obligación de la policía es investigar. Adiós... Sí, sí, hasta luego.

Colgó.

—¿Su novio? —preguntó Georges, con una sonrisa.

—Pues sí...

—Tuvo usted razón al decir que venía a hablarle del atraco.

—¿De un modo... oficial?

—Ahora..., todo lo que se refiera a este asunto, llevándolo yo..., tiene que ser oficial —repuso Georges.

—Tome asiento, por favor.

Le ofreció un sillón mientras señalaba las bebidas que estaban en un armario cuyas puertecitas permanecían entreabiertas.

—¿Algo de beber? ¡Oh, no! Los policías no beben en acto de servicio.

—Verá... Cuando se trata de un caso que nos ocupa durante todo el día, tenemos servicio las veinticuatro horas... Y el reglamento no nos obliga a ser abstemios.

—¿Un *whisky*, entonces?

—Está cerca la hora de comer. Soy tradicional. Un pernod o un pastis, con poca agua.

Ella se apresuró a servirle, y durante la operación, ambos permanecieron en silencio.

Apenas él hubo tomado el primer sorbo del aperitivo que le ofreció la joven, fue ella misma quien, tomando asiento, indicó:

—Bien... Empiece. Yo poco puedo decirle... Como recordará, estaba ausente, así que no puedo describir los rostros de los asaltantes ni explicarle cómo se desarrolló todo.

—No, no puede hacerlo, pero puede ayudarme en otras cosas... Pero sugiero que... —consultó el reloj— que almorcemos juntos... Si es que no tiene compromiso, claro.

—¿Almorzar?

—Yo suelo hacerlo todos los días... ¿Usted no?

—Es que...

—Si hablamos mientras restauramos nuestros estómagos, la cosa tendrá un aspecto más cordial. De veras, señorita Caroline... Odio los interrogatorios.

—Es usted un policía extraño... ¿De qué novela le han sacado?

—Soy más policía por afición que por vocación, aunque mi jefe opine lo contrario, y le aseguro que sé ser implacable cuando voy detrás de una pista.

—¿Cree que yo soy una pista?

—Mire, señorita... Para nosotros, un nuevo asunto es como para el pintor un lienzo en blanco y para el escritor unas cuartillas sin emborronar; lentamente se va perfilando la obra maestra... En mi caso, la obra maestra es descubrir a los causantes de la broma y recuperar los cuatro millones de francos... Toda ayuda, por insignificante que sea, es necesaria para completar esa obra.

—Si cree que puedo ayudarle... Por cierto... ¿cómo supo mis señas?

—Hacer esa pregunta a un policía es un tanto ingenuo.

—¡Oh, claro!

—Satisfaré su curiosidad... El portero, Serge, tiene una lista con los nombres y señas de los empleados. Es una costumbre en muchos centros de trabajo para poder facilitar esas señas a familiares o amigos en casos de urgencia.

—Sí. Lo había olvidado.

—¿Acepta mi invitación? —inquirió él, poniéndose en pie.

—¿Por qué no? —repuso ella, incorporándose también.

Pidió un minuto para arreglarse.

Poco después ambos salían a la calle. Él le ofreció el coche, abriéndole la portezuela de la parte derecha para que Caroline se introdujera en el interior.

Momentos después, tras dar la vuelta, subió el inspector e inmediatamente el coche se puso en marcha.

—¿Dónde me lleva? —preguntó la joven.

Él le contestó con una muda sonrisa.

Salieron a las afueras.

Ella reconoció perfectamente la carretera.

Cuando vio que Georges enfilaba hacia el parador que la mañana anterior había servido para separarse de sus cómplices, disimuló un sobresalto.

—Hemos llegado —anunció él.

CAPÍTULO VII

Habían tomado ya el segundo plato pedido por el inspector Delormais.

Ella no había demostrado un gran apetito, y como sin darle importancia, Georges comentó:

—¿Hay algo que la preocupa?

—No, desde luego —se apresuró a replicar ella, con vivacidad.

Parecía un juego entre dos inteligencias esforzándose en el mutuo disimulo, con desventaja para Caroline, que era la que tenía algo que ocultar y pugnaba por que el policía no descubriese su secreto.

—Caroline... Ya me ha dicho casi todo lo que deseaba saber. Me ha hablado de su tía de Amiens. Del recorrido que hizo en tren, de que fue directamente de la estación en taxi hasta la parada del autobús... Lo que se dice en términos profesionales: me ha explicado su coartada, que naturalmente, puedo comprobar; pero esto no es lo más importante para mí, aunque pudiera llegar a serlo si usted me ha ocultado algo.

—Creo haber contestado a todo —repuso ella.

—Sí. Los datos de los empleados. La gente que frecuenta el departamento de caja, pero me ha ayudado poco. ¿Sabe cuál es mi conclusión?

Ella esperó ansiosa, mientras él clavaba su mirada en los ojos de la mujer, que tuvo que luchar para sostener aquella mirada sagaz, casi burlona, del policía.

—¿Le gusta hacer «suspense», eh? —sonrió ella.

—Me estaba fijando en sus ojos —repuso él, sin dejar de observarla con la misma fijeza.

—¿Mis ojos? —Ella pareció sorprendida.

Él sonrió levemente.

—Son bonitos.

—Supongo que... no serán del mismo color que los de la mujer que iba con los atracadores —dijo ella, esgrimiendo el argumento como un arma decisiva por si el inspector pudiera remotamente sospechar.

—He dicho simplemente qué son bonitos —repitió Georges.

—¡Ah! —Ella quedó cortada.

—¿Le molesta que se lo digan; que tiene usted los ojos bonitos? —insistió Georges, siempre mirándola con atención, como si quisiera desnudar el alma de la joven y llegar hasta lo más recóndito de su «yo».

Ella sonrió, reaccionando.

—No. No me molesta.

Otro silencio.

Georges dejó que fuera la misma joven quien lo interrumpiera para añadir:

—Pero no me habrá invitado para galantearme, ¿verdad, inspector Delormais?

—No, ciertamente —repuso Georges, volviendo la atención al plato que el camarero retiraba en aquellos instantes.

—Hablabamos del atraco —dijo la muchacha.

—Sí.

—Y me ha llevado aquí para interrogarme de un modo... «extraoficial», pero de todo lo que diga usted tomará buena nota, y temo... temo que no pueda decirle gran cosa más.

—Sí. Yo creo que sí puede decirme más cosas.

—No sé...

—¿No sabe?

—Pregunte usted.

—De momento la observo —y él volvió a posar sus ojos sobre los de Caroline, que empezó a sentirse un tanto incómoda.

Disimuló aquella sensación, estúpida tal vez, de que alguien pudiera leer sus propios pensamientos, y tras una sonrisa un tanto forzada que quiso aparentar natural, insistió:

—De veras le gusta usted hacer «suspense».

—Mi conclusión, estimada Caroline, es que no desea usted culpar a nadie en particular.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—No sé... Pero entre tanta gente habrá alguno que en su opinión pueda haber sido capaz de planear un golpe de tal envergadura y llevado con tan extrema precisión.

—Hay gente engañosa, Georges...

—¿Qué tal la sobrina de su jefe?

—¡Oh! Sólo la he visto una vez... Tuve que ir a llevar unos papeles al señor Salvelot y su sobrina Veronique estaba allí. No me fijé demasiado en ella.

—Veronique Salvelot es muchacha muy vista en las revistas de sociedad.

—Bueno, parecía una chica moderna, despreocupada.

—La mujer que perpetró el atraco se hizo pasar por ella. Y llevaba un pase.

—Debía ser falso.

—Según el portero, llevaba la firma de Salvelot.

—Sí. Eso parece, pero no era auténtica. Al menos, eso dijo el señor Salvelot, cuando le hicieron preguntas. El firma muy escasos pases...

—¿El suyo, por ejemplo?

—Sí. El mío y muy pocos más. Además, su sobrina tenía el suyo el día del atraco.

—Eso ya lo hemos comprobado.

—Entonces...

—Entonces..., en su opinión, Caroline, deduzcamos que la firma del pase estaba falsificada... por alguien que conocía perfectamente la letra y los trazos de Salvelot. Alguien, en una palabra, que hubiera visto su firma repetidas veces y hasta que la hubiese estudiado a fondo.

—Yo la he visto muchas veces, y otros... En caja, por ejemplo. El señor Salvelot lleva muchas cosas personalmente y supervisa los apuntes contables...

De repente, se interrumpió. Sus ojos habían descubierto a alguien mezclado entre la gente de la barra del local.

No pudo disimular un escalofrío.

Era Louis, el hombre que durante el atraco llevaba la peluca rubia y las gafas de sol, sólo que ahora su cabello era castaño claro —su color natural— y no usaba gafas.

Cambió de lugar para dirigirse a la máquina automática de los discos e introducir unas monedas para poner un poco de música.

El departamento destinado a comedor —para los que quisieran sentarse— se componía de seis apartados separados por los sillones, que a su vez servían de separación entre los ocho únicos departamentos para cuatro personas.

Aparte de la pareja había otros comensales que ocupaban seis de aquellos reservados, quedando solo uno vacante.

El policía no se movió, aunque tampoco le pasara inadvertido el repentino y fugaz cambio en el rostro de la muchacha.

Un cuadro funcional de dudosa estética producía un reflejo y Georges miró a través de él, pudiendo ver al hombre que, tras poner las monedas en el electrófono, salía del local.

Lo vio de forma fugaz, de perfil primero y dando la espalda después. No se inmutó, ni siquiera cuando ella se levantó y, excusándose, dijo a su anfitrión:

—Excúseme. Tengo que telefonar a una amiga.

—No faltaba más. —Él se levantó galante y esperó a que ella se dirigiera hacia una de las cabinas, cerradas con puertas de cristal.

Georges no pudo escuchar la conversación de la muchacha y se perdió una buena pista. La mejor de todas.

Caroline, después de marcar el número, esperó obtener la respuesta.

Al otro lado del hilo pudo oír, al cabo de unos segundos, la voz de Charles Achard.

—Estoy almorzando con el inspector.

—Ten cuidado —advirtió Charles.

—No es él quien me preocupa ahora. Louis estaba aquí hace un momento. Tengo la impresión de que me está espiando.

—¡Louis no tiene por qué espiarte! Habrá sido una casualidad.

—Me miró de un modo muy significativo... Y con el policía delante de mí, estas cosas son peligrosas. Georges Delormais es más sagaz de lo que parece a simple vista.

—Bueno, tú compórtate con naturalidad... Tu tía de Amiens ya está avisada, supongo.

—Sí. Lo está. Ella dirá lo que sabe... Que fui con tiempo para tomar el tren; lo que ignora es que viajé en el coche alquilado, y de esta manera adelanté treinta y cinco minutos.

—Si la portera no te vio entrar ni salir, nadie puede sospechar de ti.

—Eso espero, pero preferiría que terminara todo cuanto antes.

—Yo también. Ahora escúchame... Me alegro que me hayas llamado, porque será mejor que esta noche no nos veamos.

—¿Por qué?

—Con ese policía de por medio conviene que no nos vean juntos. Descubrirían enseguida que soy de la compañía de seguros y esto sí que podría hacerles entrar en sospechas. Si necesito verte, ya te llamaré. Nos encontraremos en cualquier sitio, pero llegado el momento, asegúrate que no te siga nadie.

—Charles... Estoy muy sola.

—Esto pasará pronto. Anda. Ve con tu inspector y muéstrate serena como tú sabes hacerlo.

El colgó.

—Charles... Charles —susurró todavía Caroline, pero la línea había quedado cortada.

Regresó a la mesa intentando serenarse y mostrar una apariencia absolutamente normal, como si efectivamente hubiese sostenido una conversación con una amiga.

—¿Ha faltado a una cita por mi culpa? —inquirió el policía.

—Tenía que dar un recado urgente. Esto es todo —repuso ella, con firmeza.

Se hizo un silencio. El camarero ofreció una variedad de quesos que ninguno de los dos aceptó.

Ni siquiera el helado de postre que ofreció posteriormente.

—Café para mí —pidió Georges.

—Yo, no —adujo ella.

Otro silencio hasta que el camarero apareció con el café, que dejó ante Georges.

El policía, tras el primer sorbo, que tomó sin azúcar, murmuró:

—Caroline... Si está en algún apuro, si alguna vez necesita ayuda, no vacile en llamarme. Le daré mis números de teléfono.

Sacó una cartulina del bolsillo y se la tendió.

Ella leyó su nombre y tres números de teléfono.

—Los dos primeros pertenecen al puesto de policía —explicó—; el otro es de mi domicilio particular.

—Espero no tener que necesitarlos —musitó ella, mientras

guardaba la cartulina en el bolso.

—Nunca se sabe —repuso él, y algo más serio, añadió—: Sea lo que sea, Caroline... Recuérdelo. Me gusta ayudar a la gente.

CAPÍTULO VIII

El teléfono repiqueteó un par de veces.

Georges cerró la puerta de su casa y corrió a alcanzarlo.

El reloj de sobremesa marcaba las cuatro de la tarde y algunos minutos.

La voz de la «chica de los anuncios» sonó cantarina al otro lado del hilo.

—¿Estás libre, policía?

—¡Hola, Monique! Precisamente necesitaba hablar con alguien sin complejos. ¿Te espero o nos encontramos en alguna parte?

—Estoy en el baño... He llevado una mañana terrible. Las «poses» no acababan de satisfacer al jefe. ¡Uf! Estoy rendida.

—Vengo a darte un masaje.

—No. Lo haré yo. En media hora estoy aquí. El tiempo que tarde en salir del baño y vestirme. Pon en marcha algún plan.

—De acuerdo, encanto.

Colgó y casi en el acto volvió a sonar el timbre. Aquella vez, la voz del auricular fue menos agradable para Georges.

Era el comisario.

—¿Georges? He estado llamándole. ¿Dónde diablos se había metido?

—Estuve charlando con la secretaria de Salvelot. Se lo dije ayer, ¿recuerda?

—Bien, atiende esto... Hace media hora se ha recibido una llamada telefónica a la central. Están tratando de averiguar de dónde procede. Una voz anónima ha dado las señas de un hotelito en Saint Jean, diciendo que allí se encontraba el autor del atraco. He enviado dos coches. No estaría de más que usted fuera también. Puede que se trate de una broma, pero en este caso creo que es

mejor seguir todas las pistas.

—Sí, claro —repuso Georges, pensativo.

—Le estoy hablando, Georges... ¿Dónde diablos está usted? —
Gruñó el comisario.

El asunto le traía de cabeza. Era hombre, sobre todo en casos de atraco, que opinaba que a las veinticuatro horas hay que disponer de una pista segura, y en el asunto actual no tenía ni la más remota idea del paradero de los atracadores, ni mucho menos de dinero.

Estaba de mal humor y no se esforzaba en disimularlo, ni siquiera con Georges, su inspector favorito.

—Estoy aquí, comisario. Pensaba, simplemente.

—¿En qué?

—En Caroline.

—¿Caroline?

—La secretaria de Salvelot.

—¿Por qué? Si ha sacado algo de ella debe decírmelo. No pretenda llevar el caso usted solo.

—No lo comprendo, comisario. Pero es una chica muy interesante... La he observado.

—Sé que tiene usted un extraordinario poder de observación. Dígame, ¿ha visto o ha notado algo que le haga sospechar?

—No sé. Tengo que poner en orden mis ideas. Ella no me ha dado la menor pista, pero o finge, o parece asustada o... ¡Qué sé yo! Pura intuición.

—Quizá convendría interrogarla aquí —opuso el comisario.

—No... De momento no lo creo necesario.

—Bien, volvamos a la llamada.

—Sí. ¿No se sabe aún de dónde procede?

En aquel momento sonó el intercomunicador. El comisario se puso al habla.

La voz manifestó:

—Con exactitud no se puede precisar desde dónde han marcado el número, lo más probable es que hayan efectuado la llamada desde un teléfono público.

—Era de suponer —murmuró Georges, mientras el comisario cerraba el intercomunicador.

—De todos modos iremos a ese hotelito. Puede que sea una broma, pero... en este caso es bastante significativa.

—En todos los casos en los que se arma barullo no faltan las llamadas anónimas, comisario.

—¿Sabe a quién pertenece el hotelito?

—No.

—A Charles Achard.

—¿Quién es Achard?

—Achard es el director de la compañía de seguros con quien tenía suscrita la póliza contra robo la fábrica atracada. Ese Charles parece que es un sobrino del director.

—Bueno, me ha fastidiado la tarde, pero iré para allá.

—Allí nos veremos, Georges. No tarde. Yo también voy.

* * *

El hotelito pertenecía en realidad a Charles Achard, pero estaba solitario, puertas y ventanas se hallaban cerradas.

Los agentes se distribuyeron por el pequeño jardín, sin encontrar nada.

Instantes después llegaron allí juntos el coche del comisario y el del inspector Georges Delormais.

—¿Qué hacemos, señor? —preguntó uno de los agentes, dirigiéndose al comisario.

—Avisar a Achard. ¿Alguien sabe cuál es su domicilio habitual? Nadie respondió.

—Lo buscaremos en la guía o si no, avisaremos a su tío —repuso el comisario.

—Hay una cabina a unos trescientos metros —intervino Georges—. La he visto al pasar.

Se metió en el coche dispuesto a averiguar las señas de Achard.

* * *

Charles Achard parecía muy tranquilo.

Tumbado en un diván leía uno de los periódicos del día, cuando el zumbido del timbre le interrumpió.

Se desperezó, soltó el periódico y se dirigió hacia la puerta.

Sonrió al ver a su visitante.

—Hola. No te esperaba.

En aquel momento sonó el teléfono. La cortina ocultaba el vestíbulo de entrada y Charles dio la espalda a su visita, que quedó detrás del cortinaje.

—Pasa y cierra —dijo Charles, mientras se dirigía hacia el teléfono.

Descolgó, pero no llegó a preguntar quién le llamaba. En aquel instante, la persona que acababa de entrar asomó la mano por entre la cortina.

Era una mano enguantada que sostenía una pistola provista de silenciador.

—¡No! —gritó Charles.

Al otro lado del hilo, el inspector Georges gritó:

—¡Oiga! ¡Oiga! ¿Charles Achard?

Charles jamás podría contestar.

El gatillo de la automática fue apretado dos veces. Sólo dos sonidos apagados: «Flap». «Flap».

Dos sonidos fulminantes para Charles Achard que en su caída arrastró el auricular que todavía sostenía en las manos, y con el auricular todo el aparato telefónico.

—¡Oiga! ¡Oiga! —seguía gritando inútilmente el inspector.

* * *

Cuando los policías llegaron, el cuerpo de Charles estaba todavía caliente, pero muerto, completamente muerto.

—Esto empieza a tener algún sentido, ¿no? —sonrió irónicamente Georges.

—Charles Achard cómplice de un atraco. Alguien nos avisa para que le detengamos y otro entretanto lo mata... —repuso el comisario.

—Más rutina. Ahora habrá que investigar sobre la vida de Charles, conocer a las personas con las que se veía últimamente, etcétera —repuso Georges.

* * *

—¡Llevo dos horas esperando! —exclamó Monique, abriendo la puerta a Georges antes de que éste introdujera la llave en la cerradura.

Luego ante el silencio del hombre añadió:

—Creí que estarías en casa. ¿Trabajo urgente?

—Urgente y grave —repuso Georges, caminando hacia el salón.

—¿Grave?

—Ha muerto un hombre.

—¿De los que cometieron el atraco?

Georges buscó su paquete de cigarrillos al ver que estaba vacío alcanzó el bolso que Monique tenía sobre un sillón.

—No se sabe. Voy a coger uno de tus pitillos.

—¡Espera! —exclamó ella, al verle ya con el bolso entre las manos.

Él se volvió.

La miró con expresión extrañada.

Ella sonrió:

—El bolso de una mujer contiene secretos... incluso para ti —susurró, acentuando su sonrisa.

Sacó el paquete de cigarrillos y se lo ofreció.

Georges se dejó caer en el diván con las cejas enarcadas.

CAPÍTULO IX

Las consecuencias del atraco

En la vertiente derecha del Sena, río arriba hacia Deauville, existe una zona rocosa.

En verano suele ser utilizada por turistas, quienes en la parte del llano instalan sus tiendas de *camping*. En primavera algunos acuden también e incluso se bañan en el río. Sin embargo, una zona de extensa vegetación y rocosa, se extiende en la vertiente, y queda completamente solitaria.

Una vieja cabaña vallada por las rocas suele ser refugio de pastores o de practicantes de vivac.

Entre las rocas se abre una gruta natural de difícil acceso para quien no conoce el camino.

Los faros del coche se apagaron.

El auto se detuvo en el camino de pequeñas dimensiones y del vehículo se apeó una mujer: Caroline.

La noche resultaba bastante clara y la suave brisa era hasta agradable.

Evidentemente, Caroline no estaba allí para disfrutar de la brisa ni de las excelencias del paisaje, que por otra parte no tenía un gran encanto.

Se quedó un momento escuchando.

Sólo el rumor de la brisa, y más abajo, la corriente del agua rompía el silencio.

Caminó unos instantes procurando que sus zapatos hicieran el menor ruido posible.

Entretanto...

En la casa de Georges, Monique puso un nuevo disco.

—Lo siento. Tengo que irme.

—Es muy tarde.

—Sí.

—¿Tienes que trabajar? —inquirió ella, iniciando unos pasos acompasados con la música.

—Un policía siempre tiene trabajo. ¿No lo sabías?

—¿Dónde vas?

—Eres demasiado preguntona.

—Soy mujer, soy curiosa —se acercó siempre danzando y le besó fugazmente.

—¿No me dices dónde vas? —insistió.

—Por ahí. Necesito pensar.

—Eso quiere decir que te estorbo. Si quieres ya me voy yo y así no tienes necesidad de marcharte tú.

—No..., quédate si quieres. Tal vez vuelva pronto.

—Bailemos primero...

Su pose era incitadora. Georges la miró con una sonrisa en los labios.

—Eres una tentación.

Ella se acercó más.

Georges la cogió por la cintura y se arrimó para seguir el compás de la música suave, acariciadora.

—Trabajas demasiado —le susurró ella, pegada al oído del joven policía.

—En este momento hago uno de los trabajos más gratos...

Ella sonrió.

Georges la besó tras la orejas, luego en la mejilla, hasta que al fin los labios de ambos se encontraron.

Permanecieron más de un minuto con las bocas unidas por el beso.

La música cesó y ellos seguían todavía unidos.

—¿Un baile más? —murmuró ella.

—Lo siento. Me gustaría. Quédate. Supongo que volveré pronto.

—¿Sólo lo supones?

—Voy a echar un vistazo a casa de cierto individuo influyente y con mucho dinero. Simple curiosidad.

—¿Quién es ese caballero?

—Achard.

—¿El muerto?

—No, mujer. Su tío. Es el director gerente de la compañía de seguros.

—¿De qué compañía?

—La que la fábrica de productos químicos tenía suscrita la póliza contra robo.

—Hum —murmuró ella.

—Lo siento —repitió por enésima vez George, y dirigiéndose hacia el bolso de la muchacha dijo—: Necesito otro cigarrillo, luego ya compraré.

Ella se apresuró a coger el bolso, una vez más, antes que él.

—Me gustaría saber qué clase de secretos llevas... ¿Alguna arma secreta? ¿Ocultas drogas?

—¡Quién sabe! —sonrió ella.

Sacó el cigarrillo y se lo encendió ella misma, pasándolo luego a los labios del hombre.

Después de echar una bocanada de humo, Georges miró el bolso, luego a la muchacha y murmuró:

—Espérame, ¿eh?

La muchacha sonrió enigmáticamente.

* * *

Caroline, segura de que nadie la había seguido, avanzó por entre la maleza abriéndose paso por los matorrales.

Al llegar a la zona rocosa, guiada por la luz de la luna, tomó un sendero entre altas rocas que formaban un desfiladero en miniatura.

Avanzó por aquel lugar hasta alcanzar la entrada de una de las grutas.

De su bolso sacó una linterna diminuta y enfocó la entrada natural formada por las piedras.

Avanzó con paso firme, convencida de que nadie podía verla allí donde se encontraba.

En escasos segundos se encontró dentro de la gruta natural.

Avanzó guiada por el foco de su pequeña linterna.

La gruta formaba un pasadizo que terminaba en una sala interior.

Buscó por la pared dirigiendo el haz de luz por todo el contorno.

La luz se detuvo en una cavidad y hacia ella avanzó.

La cavidad, dentro de la galería, tenía una altura de un metro aproximadamente y la anchura de tres.

Agazapada pasó hacia dentro.

Una pared de piedras cerraba el paso, pero utilizando la mano libre sacó una de las piedras, que cayó al suelo, dejando entrever el agujero que se abría tras la pared.

Sacó las otras piedras y dejó al descubierto la totalidad del agujero.

La linterna iluminó las dos maletas bien conocidas de ella. Ambas contenían la totalidad del importe robado en la fábrica de productos químicos de la que ella era secretaria de su director.

Abrió el maletín y vio el dinero, en fajos y suelto, tal como el hombre del pelo cano lo había dejado allí.

Sostuvo el otro, comprobando igualmente su peso.

Allí había cuatro millones de francos, poco más o menos.

Pero en la gruta había también una persona con una pistola.

—Eres muy lista, pequeña... Deja esto donde ésta —dijo la voz de la persona que sostenía la pistola, coa la que encañonaba a la secretaria.

Ella se revolvió y dirigió la luz de la linterna al rostro de quien acababa de advertirla.

A su vez, el hombre la deslumbró a ella con otra linterna más potente.

—Sí, Louis... que quiere saber qué diablos estás haciendo aquí... Tu trabajo, que yo sepa, ha terminado.

—No, Louis... He leído los periódicos de la noche, igual que tú supongo.

—¿Y qué?

—Han matado a Charles...

—Lo sé...

—¿Quién ha sido?

—Lo ignoro.

—Has sido tú... Tú o Blanco. Uno de los dos le ha matado.

—Yo no, nena... No sé lo que ha hecho Blanco, pero yo no me he cargado a Charles, aunque no lamento su muerte. Ahora seremos menos a repartir.

—¿Repartir? —inquirió ella, agrandando los ojos.

—Sí, querida... ¿O acaso pensabas que una suma así íbamos a devolverla?

—Hicimos un convenio —protestó Caroline.

—¿Con quién? —sonrió Louis.

—Deja de apuntarme... Ahora veo claro tu juego —repuso ella.

—No hay juego. Aunque Charles esté muerto no me importa decirte la verdad... El lo había planeado, confiaba en tu ayuda, eso es todo; pero el dinero tenía que ser para todos.

—¡No! —protestó ella—. Hay que devolverlo.

—Ni lo sueñes... Y cuidado con hablar con ese polizonte.

—Charles me dijo que tú eras rico, que no necesitabas nada... Ni Blanco tampoco... ¿Por qué...?

—Nunca se tiene bastante dinero, sobre todo cuando se gusta de vivir bien. Anda, sal de ahí y deja las maletas. En su tiempo serán recogidas. Cuando pase todo el jaleo. Tú tendrás tu parte.

—¡No! Yo no quiero nada. Habéis matado a Charles. —Charles lo planeó todo... Y todavía no estoy muy seguro de que tú no supieras toda la verdad; Así es que deja de fingir.

—¡Estás loco! Yo sólo traté de ayudarle, pero ese dinero tenía que ser devuelto.

—¡Sal! —exclamó Louis, volviendo a amenazarla con el revólver.

Ella obedeció.

Cuando estuvo fuera de la cavidad, Louis la advirtió:

—Y ahora ten cuidado. Si te has hecho amiga de ese inspector, no le vayas con el cuento... y menos después de haberse producido un asesinato.

—Yo no maté a Charles.

—Ni yo; pero sea quien fuere, va detrás de este dinero, tal vez ande tras de todos nosotros.

Ella guardó silencio.

—Si abres la boca, serás la segunda en caer y esta vez sí que seré yo quien apriete el gatillo.

Nuevo silencio de la joven, que retrocedía dentro de la cueva

buscando la salida.

—Cuidado, Caroline... Ha existido un atraco de verdad y si piensas hablar, piensa en las consecuencias. Eres tan culpable como Louis y como Blanco y como lo fue Charles. Te sería muy difícil probar tu... llamémosla buena fe.

Ella escapó corriendo buscando la salida de la cueva. Louis quedó con la pistola en la mano.

Caroline se abrió paso por entre la maleza y llegó hasta el coche. Subió y lo puso en marcha rápidamente.

Louis salió también de la cueva y guardó el arma en el bolsillo de su gabardina.

De otro lado de las rocas surgió Blanco, con su cabello grisáceo rapado. Miró a Louis.

El joven murmuró:

—Sólo quedamos tú y yo... Caroline no cuenta. Podemos repartir ahora y cada cual por su lado.

—Es demasiado precipitado —repuso Blanco—. Temo que Caroline logre intimar demasiado con ese policía. Será mejor depositar el dinero en otra parte que ella desconozca.

—Sí, desde luego, pero...

—Me lo llevaré a mi casa —repuso Blanco—. Es el único sitio que Caroline desconoce.

Louis dudó.

—¿No te fías de mí?

—Mataste a Charles... Yo no me dejaré sorprender. Blanco arqueó las cejas en la oscuridad.

—¿Qué estás diciendo? Yo no maté a nadie.

Le tocó el turno de enarcar las cejas a Louis.

—No lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes, Louis?

—Si tú no mataste a Charles, ni yo tampoco... ¿Quién lo hizo? —se preguntó Louis como si hablara consigo mismo.

Los dos hombres se quedaron mirando.

En sus mentes se había formado un pensamiento concreto. Era el pensamiento de que uno de los dos estaba mintiendo...

Porque alguien había tenido que ser el autor material del asesinato de Charles Achard.

CAPÍTULO X

La conversación sostenida por el inspector Georges Delormais con Bernard Achard fue bastante sustanciosa para el policía.

—¿Está seguro de que la novia de Charles era Caroline Deveraux? —inquirió el inspector.

Bernard asintió.

Era un hombre entrado en años, pero de aspecto mundano, consciente de sus obligaciones.

Un auténtico personaje dentro de los negocios, nada retrógrado como había afirmado su sobrino Charles.

—Mi sobrino tenía ideas propias, quería renovar nuestros sistemas de seguridad. Yo no digo que estuviera equivocado, pero odio la publicidad. El quería que su patente fuera aireada a los cuatro vientos... Y no es publicidad de esta clase lo que precisan las compañías de seguros... Quizá nuestros sistemas estén un poco anticuados, pero las bandas actuales de gangsters gustan de conocer todo nuevo sistema e intentan buscar la solución para desbaratarlo. Puedo decirle que en cuarenta años nunca habíamos tenido un robo de tal envergadura...

—Sé que es doloroso para usted —repuso el policía—, pero tengo que preguntarle si cree capaz a su sobrino de...

El director de la compañía le interrumpió con un ademán.

—No me pregunte esto... Prefiero creer que no. No sé por qué le han matado... Que yo sepa, su vida privada era bastante sencilla.

—¿Qué amigos tenía aparte de su novia Caroline? —insistió Georges.

—Bueno... Yo no estaba muy al tanto de su vida privada. Charles era bastante introvertido. No creo que pueda orientarle en este sentido —repuso el veterano director de la compañía.

—Bien... Tal vez tenga que molestarle alguna otra vez —repuso Georges, poniéndose en pie.

Bernard Achard le imitó mientras le estrechaba la mano.

—Sea quien fuere el asesino de mi sobrino y sean cuales fueren los motivos que tuvo para matarle..., quisiera que le encontraran. Charles era mi única familia.

—Sí, señor Achard, lo comprendo —repuso Georges.

El policía salió de la oficina. Abajo esperaba su coche y en su coche estaba Monique, la chica de los anuncios.

—No es corriente que un policía ande investigando con una pelirroja que le espere en su automóvil —manifestó, sentándose ante el volante.

—Hoy es mi día libre... ¿Hay algo malo en que te acompañe?

—No, excepto que si tuviera que perseguir a alguien tendría que dejarte en cualquier parte...

—Me conformo —sonrió ella—. ¿Dónde vamos ahora?

—Tú a tu casa. Yo esperaré a cierta damisela a la salida de su trabajo.

—¡Acto de servicio! —exclamó Monique.

—Acto de servicio —repitió él.

—¿Qué te ha dicho el de los seguros?

—Secreto de sumario...

—¿No confías en mí...? Te advierto que me hubiera gustado ser detective.

—Haz un cursillo.

—¡Oh! ¿Es que la vocación no cuenta?

—Mi querida muñequita, voy a dejarte donde tú me digas... En estos momentos me interesa ir solo. Es necesario. Tenemos un reglamento, ¿sabes?

—¿Y cuándo volveremos a vernos?

—Es difícil preverlo —repuso él, atento al volante.

Las calles, como de costumbre, estaban infestadas de tránsito. No era posible distraerse, ni llevando una belleza como Monique de compañera en el auto.

—Déjame en

Rocco's

—dijo ella—. Me divertiré viendo a los demás cómo bailan. Si dentro de una hora estás listo me encontrarás ahí, si no... llámame

por teléfono.

—Lo haré si puedo —repuso él—. Y si no... tendrás que disculparme.

—Hum —murmuró ella.

Luego reinó el silencio hasta que Georges detuvo el coche en una esquina.

Rocco's,

una de las últimas boites de moda de París, estaba a unos cincuenta metros.

Ella se apeó después de besar al policía de forma suave y espontánea en los labios.

Saltó a la calle, y George puso nuevamente en marcha el automóvil.

Siguió calle abajo hasta perderse en la otra esquina.

Ella continuó hasta

Rocco's.

Se detuvo en la entrada, luego retrocedió ligeramente para entrar en la tienda contigua. Era una tabaquería con teléfono público.

Pasó a la cabina, abrió el bolso para sacar una libretita de apuntes.

Buscó un número.

Lo buscó en la letra A de su pequeña agenda.

«Achard».

Retuvo el número en la memoria y cerró la agenda.

Entre el pañuelo, el pequeño modero y un estuche de maquillaje sobresalía a medias un objeto poco corriente en el bolso de una mujer: una pistola.

Monique comenzó a marcar el número de Achard.

* * *

La entrevista entre el veterano Bernard Achard y la joven muchacha de «los anuncios» tuvo lugar en un bar al otro lado de la acera del

Rocco's

oblicuamente a la boite.

El señor Achard se mostró frío y circunspecto.

—No me gustan esta clase de citas.

—Señor Achard... Usted sabe que tengo un interés especial en este caso.

—Está jugando con fuego, señorita.

—Usted puede perder más en ese juego... Cuatro millones de francos.

—¿Por qué hace esto? —preguntó el de los seguros.

—Si no estuviera seguro de que yo podía ayudarle, usted no estaría aquí.

—Yo odio la publicidad —repuso el hombre.

—Pero no quiere perder.

—La policía descubrirá...

Ella le interrumpió.

—Lo mismo que podría descubrir cualquiera de sus agentes: Michel Moriart, por ejemplo.

—Tiene mucho interés en ese hombre...

—Y usted por su dinero. A excepción de que quiere recuperarlo sin escándalos... Pretende ante todo encubrir al indeseable de su sobrino.

—Señorita, no le tolero que...

Ella le atajó rápidamente.

—No olvide que puedo decir muchas cosas al inspector Delormais... Y él me creerá a mí, no a usted.

—¡Está bien, no hablemos más! No quiero escándalos. Hable claro; ¿qué es lo que quiere?

—Que diga todo lo que sepa a Michel Moriart. Nada más.

—Yo no sé nada...

—Sí que sabe, señor Achard... Sabe, por ejemplo, que uno de los amigos de su sobrino, que Dios le haya confundido era un tal Louis Roget... Louis, simplemente... Un tipo que suele venir con frecuencia a los estudios... Siempre tiene tratos que proponer a las chicas... Ya puede suponer qué clase de tratos... Tiene una buena colección de fotografías de «arte». Y también comprende usted a la clase de «arte» que me refiero.

El señor Achard quedó silencioso.

—No quiero ruborizarle. Yo nunca he posado desnuda... Pero no será porque las ofertas de Louis no hayan sido tentadoras. Claro que falta saber si las cumple...

—Hablaré con Michel Moriart si es esto lo que desea, pero...

—Sí —atajó ella nuevamente—. Sin publicidad... En el fondo yo también la odio, pero la admito como un medio de ganarme la vida...

El señor Achard abandonó el bar, después lo hizo Monique dirigiéndose a Rocco's.

Entretanto...

CAPÍTULO XI

Entretanto y apenas Caroline Deveraux hubo salido de la oficina de la fábrica, el inspector Delormais le ofreció su coche, la invitó a entrar y mientras arrancaba en dirección al centro de París comenzó a hablar.

—Creo que ha llegado el momento en que me abra su corazón. Está usted en un apuro, no lo niegue. Si dice cuanto sabe o sospecha, se quitará un peso de encima y ayudará a la ley.

—¿Qué quiere que le diga? —repuso ella, haciéndose fuerte en una postura totalmente falsa.

—Puede empezar confesando que era la novia de Charles Achard... Ya sabe que Charles murió violentamente.

—Sí. Lo era. Sé que Charles murió y que ahora me encuentro verdaderamente sola.

—¿Tuvo algo que ver Charles en el atraco?

Ella guardó silencio.

—Recibimos un anónimo, señorita... Posiblemente de la misma persona que nos mandó al hotelito que Charles tenía en Saint Jean para asesinarle tranquilamente en su apartamento de París.

Ella continuó callada.

—¿No está dispuesta a colaborar?

—No puedo hacer nada. No sé nada —mintió.

Si Georges Delormais hubiera sabido toda la verdad, posiblemente la hubiera absuelto, ya que la posición de la muchacha no podía ser más peligrosa: autora material de un atraco, aunque las metralletas estuvieran descargadas siendo la única prueba favorable que poseía; la declaración de Charles diciendo que todo había sido una demostración dedicada a su tío para demostrarle cuán fácil era perder el importe del capital asegurado

en una póliza.

Sí. Georges hubiese comprendido que si la muchacha declaraba, debía confesarse autora del hecho.

Caroline continuó sin despegar los labios.

—Si usted sabe algo —insistió el policía— piense que una vez muerto Charles puede convertirse en la segunda víctima.

En esta ocasión la muchacha sonrió.

—No, inspector. No seré la segunda víctima. Pero descuide... Si puedo decirle algo, lo haré.

Continuaron en silencio por la carretera. Georges marchaba a buena velocidad.

Ya no volvieron a hablar hasta que él se detuvo en las cercanías de la casa de la joven.

En la calle transitaba escasa gente.

El salió y acompañó a la muchacha hasta la entrada. Pasaron el umbral. Como de costumbre la portera no estaba visible.

—Caroline... —murmuró el inspector—, ¿por qué mataron a su novio?

—No lo sé —repuso ella con firmeza.

—¿Tuvo algo que ver en el atraco? —insistió Georges.

—¡No! —exclamó ella con la expresión propia de quien desea dar por terminada una desagradable confesión.

—¿Y usted? —espetó él repentinamente.

—¿Qué?

—Usted sí... Desde Amiens sale un tren que llega a París a las nueve menos diez minutos. Pero en coche se adelanta bastante...

—¿Qué está diciendo?

—Usted pudo salir de la casa de su tía y en vez de dirigirse a la estación a tomar un coche, maquillarse y dirigirse a la fábrica en compañía de otros dos hombres, igualmente con los rostros disimulados...

—¡Basta! —exclamó ella.

—Si usted lo hizo, dígalo ahora... Explique los motivos... Después puede que sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde?

—Ha muerto un hombre, usted misma acababa de declarar hace poco que se encuentra sola... Confiese, Caroline, confiese lo que sepa... Yo, dentro de mis posibilidades, haré lo que pueda para...

—Déjeme, George, se lo ruego —pidió ella, intentando avanzar hacia la escalera.

Estaban ya algo separados del rellano donde se encontraba la entrada de la portería.

Desde la calle, alguien se aproximaba.

—Vendré esta noche, Caroline... A las siete estaré con usted. Piénselo bien. Usted puede ayudarme mucho, lo presiento. Piense en lo que le conviene. En mí siempre tendrá a un amigo.

Dejó a la muchacha, que se quedó un instante en el rellano inferior.

Georges se dirigió hacia su automóvil aparcado en la esquina.

Puso el motor en marcha, pero al intentar arrancar, el vehículo dio un par de brincos raros.

El policía supo enseguida de qué se trataba.

Salió y miró directamente las ruedas.

Las dos traseras estaban pinchadas.

Un objeto cortante las había reventado.

Miró distraída y pensativamente hacia la casa de Caroline.

Entonces percibió el ruido inconfundible de dos disparos.

Sin vacilar se lanzó hacia el portal.

La portera no apareció hasta que él estuvo ya en mitad de la escalera.

La oronda mujer exclamó:

—¿Qué ha sido esto?

El policía estaba ya en el corredor y corría hacia la puerta correspondiente a Caroline.

Llamó insistentemente con los nudillos.

Nadie respondió.

—¡Caroline! ¡Caroline! —exclamó.

Salieron otros vecinos del corredor.

—¡Caroline!

El policía continuó llamando y gritando mientras la portera comenzaba a subir.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué es esto?

Georges iba a cargar contra la puerta.

Tomó impulso.

De repente la puerta se abrió.

Caroline Deveraux, lívida, con el rostro contraído por una mueca

de terror, apareció en el umbral.

—¡Caroline...! ¿Está bien? —preguntó el policía.

Ella asintió.

Georges se lanzó como una exhalación al interior de la casa.

Miró alrededor.

Ella cerró lentamente y señaló la galería de la parte trasera de su apartamento, como si quisiera indicar que era por aquel lado por donde debía buscar.

Salió hacia allí George.

La galería descubierta, como un balcón que daba a la parte trasera, sobre un descampado, permanecía vacía, tampoco se veía a nadie corriendo por ningún lado.

Ella apareció jadeante todavía y se apoyó en la pared.

—Los disparos vinieron de ahí. Estoy segura. Parecía que estuvieran esperándome.

—¿Fue un hombre? —preguntó Georges.

—No sé. No le vi. Ocurrió apenas había cerrado la puerta.

—Temen que hables —dijo el inspector, tuteándola—. Eso es... Temen que hables y es ahora precisamente cuando debes hacerlo, Caroline.

CAPÍTULO XII

Las huellas de los dos balazos estaban incrustadas en el madero del marco de la puerta que separaba el *hall* de la sala principal del apartamento.

Por la trayectoria seguida por las balas podía verse claramente que procedían de la galería.

—Tuve que tenderme al suelo... El que disparó seguramente solo pensó en huir —explicó la joven.

Georges había regresado después de descender por la escalera de emergencia y dar un rodeo al patio y subsiguiente descampado.

No había visto a nadie.

Seguir a cualquier sospechoso también le era imposible por el pinchazo que le habían efectuado a dos de las ruedas.

—Todo parecía perfectamente planeado... Sin embargo, juraría que no nos siguió nadie —murmuró Georges.

Tras un silencio y sentado cerca de ella en el diván, insistió:

—¿Sigues sin querer decirme nada?

—Louis... —repuso ella tras un silencio—. Louis Roget.

—¿Quién es Louis Roget? —preguntó el policía.

—Un amigo de Charles... No puedo decirte más... Pero estoy seguro que es él quien maneja todo esto.

—¿Dónde vive?

—Voy a darte las señas... Pero por Dios, no me menciones. Tengo miedo, Georges. Ahora tengo miedo de verdad...

El sacó el bloc de notas y tomó las señas que la muchacha le indicó a continuación.

Cuando Georges Delormais llamó a la puerta del apartamento de Louis Roget, nadie contestó a sus repetidas llamadas.

Georges bajó de nuevo a la planta baja y preguntó al conserje.

—¿El señor Roget? Cuarto piso letra C, sí... No, no está. Creo que ha salido. Le he visto. Sí... Fue antes de comer. No ha vuelto... No pasa mucho tiempo en casa.

—Mire, amigo... Ya sabe que pertenezco a la brigada criminal, pero no hace falta que advierta al señor Louis Roget, ¿comprende?

El portero agrandó los ojos.

—No, no señor. No diré nada.

—Eso espero... El señor Roget no debe saber nada de esta visita...

—Por mí, señor...

—A propósito... ¿Conoce algún lugar de los que suele frecuentar el señor Roget?

—No, señor... Solo... Bueno, son rumores... Pero.

—Hable sin preámbulos.

—Dicen que tiene un estudio... Aparte de que pasa muchas temporadas en Deauville.

—¿El estudio es en París?

—Creo que sí, señor, pero ignoro las señas... No puedo servirle en esto, señor.

Georges salió a la calle y desde la primera cabina pública llamó a la central.

—Busquen el posible estudio de Louis Roget... Es amigo de Charles Achard. Llamaré dentro de cinco minutos.

Miró hacia la calle y vio un bar.

Dio el nombre de la calle y añadió:

—Estaré en el bar La Fleur. Quiero hacer un par de cosas.

Colgó el teléfono y se dirigió hacia el mencionado bar. Era un moderno establecimiento como correspondía al barrio, moderno.

En el bar pidió un café y el teléfono.

Le indicaron un aparato sin cabina situado en la pared al final del mostrador.

Buscó en su agenda particular el número de Achard y marcó.

Entretanto...

Louis Roget, el hombre que el día del atraco utilizó la peluca rubia y las gafas ahumadas, contemplaba a través de una lupa una de las fotos de su colección.

Con ello no hacía más que ampliar la bonita cintura desnuda de una de sus modelos.

Dedicó su atención a otras fotos de su colección.

Cuando no era un tobillo, era una rodilla, o un muslo lo que requería su atención.

En la habitación a media luz poseía un extenso repertorio de fotografías de muchachas jóvenes en distintas y variadas poses.

Cuando sonó el timbre de la puerta dejó la lupa sobre la última de las fotos que estaba examinando y acudió a abrir la puerta.

En el umbral apareció un hombre joven, bastante bien trajeado, con aspecto más bien cansino.

—¿Louis Roget? —inquirió.

—Sí... ¿Pero quién diablos es usted? Éste es un estudio privado. ¿Quién le ha facilitado mis señas?

—Eso no importa. Desearía hablar con usted —replicó el recién llegado—. Mi nombre le dirá poco. Soy... Michel Moriart, trabajo en la compañía de seguros Achard.

—Lo siento. No puedo atenderle —repuso el dueño del estudio.

—No vengo a que me haga fotos, señor Roget. Pero me dijeron que aquí podría encontrarle.

—¿Qué quiere entonces? No tengo mucho tiempo para perder...

—La señorita Monique dijo que era aquí donde solía perder usted más tiempo, precisamente —sonrió un tanto irónicamente el recién llegado.

—¿Monique?

—Sí. Usted la conoce.

—Seguramente...

—No. Seguro —sonrió Moriart.

Y echando una mirada alrededor añadió:

—Y apuesto a que era a ella a quien esperaba...

—¿Qué clase de trampa es ésta?

El recién llegado avanzó sin permiso y continuó observando los distintos cuadros de la pared. Eran fotos. Fotografías de mujeres que no se distinguían precisamente por llevar un exceso de ropa.

—¿Puedo sentarme y charlaremos cómodamente? —preguntó

Moriart.

—¡Acabemos! ¿Qué quiere usted? —inquirió Louis.

—Charlar...

—¿Sobre qué?

—Sobre su amistad con Charles Achard, por ejemplo...

—¿Quiere tomar algo? —preguntó Louis, cambiando de actitud.

—No bebo, gracias. Soy abstemio.

—Me serviré un *whisky* si no le importa.

—Mientras hableme de Charles Achard. Sé que era amigo suyo...

—¿Le envía el señor Achard o Monique? —inquirió Louis, mientras se servía el *whisky*.

—Vengo como profesional. Soy agente inspector de la compañía de seguros...

Louis tomó un sorbo de *whisky*.

—Me temo —murmuró después del primer trago— que el señor Achard no le gustaría ver a su sobrino mezclado en nada turbio.

—Ya lo está. Lo asesinaron.

—Bien. El asesino tendría sus motivos.

—Yo me inclino por creer que está relacionado con el atraco.

—Deje que llame al señor Achard... Supongo estará en su casa a estas horas.

—Llámelo.

—Está usted muy seguro de sí mismo, señor...

—Moriart. Michel Moriart —recordó el visitante.

—Bien... —Louis se abstuvo de continuar hacia el teléfono y optó por tomar asiento—. Hable usted claramente. Dudo que pueda conseguir nada. En primer lugar, yo no maté a Charles Achard y en segundo lugar, nada sé del atraco...

La conversación quedó interrumpida por el leve chasquido de una ventana al abrirse.

Procedía del dormitorio del estudio.

Louis aguzó el oído.

Moriart murmuró:

—¿Tiene a alguien con usted?

—No, y no se mueva...

Moriart se encogió de hombros.

Louis se dirigió hacia el dormitorio cuya puerta estaba cerrada sin el pestillo.

La empujó suavemente.

La cortina que cubría la ventana, se movió ligeramente.

Quedó observando cada ángulo de la habitación. Todo parecía tranquilo, sin embargo, él sabía que había dejado la ventana cerrada.

Avanzó unos pasos.

De pronto alguien surgió de la puerta del baño.

Fue una visión fugaz.

Una mano enguantada esgrimió un revólver, o una pistola, Louis no pudo ver bien.

—¡No! —gritó.

Sonaron dos disparos amortiguados por el silenciador.

Al grito de Louis acudió Moriart.

La puerta del dormitorio se cerró de golpe, y Moriart tuvo que cargar contra ella.

Al segundo intento la puerta se resistió.

Moriart quedó a la escucha, sin percibir el menor ruido.

Cargó por tercera vez y entonces hizo saltar la cerradura.

El espectáculo que en la penumbra se ofreció a sus ojos no podía ser más macabro.

Louis estaba en el suelo, bañado en sangre.

Dos orificios en el cuerpo le habían producido la muerte casi instantánea.

Temeroso miró Moriart hacia todas partes.

La cortina de la ventana seguía ondeando levemente. Se aproximó a ella.

No había nadie.

Miró hacia el exterior.

Una galería común a los demás apartamentos se extendía a lo largo y en alguna parte existían unas escaleras de emergencia.

Vio una sombra deslizarse hasta abajo y luego correr por la parte trasera del edificio.

Quedó unos instantes dubitativo. Entonces sonaron varios y repetidos golpes a la puerta.

CAPÍTULO XIII

La escena era la siguiente:

Un muerto en la habitación, un hombre que no sabía exactamente lo que había ocurrido y un inspector de policía con la mirada escéptica, mirando al muerto y al hombre que no sabía explicar nada.

—Bien, Moriart... Repita lo que sucedió exactamente —pidió el inspector Georges Delormais.

—Ya se lo he dicho... Monique me había hablado de Louis Roget, pero mi jefe me había prohibido rotundamente intervenir... Esta tarde me dio la orden de visitarle. Monique concertó la entrevista de modo que pareciese ella quien tenía que ver a Louis y me presenté yo.

—De acuerdo... Y una vez aquí... —quiso saber el policía.

—Empezamos a hablar... Yo creo que Louis sabía algo... Se mostró bastante... ¿Cómo le diría yo? Sospechoso. Negó su participación en el atraco, pero se avino a escucharme, como si tuviera un buen juego entre las manos, pero quisiera ver el mío por si acaso. ¿Me explico bien?

—A medias. Siga.

—Apenas había empezado cuando se oyó un chasquido... un ruido indefinido dentro de su habitación. Yo le pregunté si no estaba solo y él se levantó. Dijo que sí, que estaba solo. Le vi entrar en el cuarto y luego gritó... Me pareció oír dos... dos ruidos atenuados... Como cuando se utilizan armas con silenciador... Se me ocurrió de repente y corrí hacia la puerta, que de pronto se había cerrado por dentro. Cargué... Al tercer intento conseguí abrirla y Louis ya estaba muerto en el suelo.

—¿Y en la habitación no había nadie más que usted y el

muerto? —inquirió Georges.

—No, nadie.

—Ni usted tampoco vio a nadie.

—Cuando me asomé, vi a una sombra que se desligaba abajo de todo y echaba a correr.

—¿Una sombra? Descríbala —pidió el policía.

—Imposible. Éste es un cuarto piso y estaba ya bastante oscuro... No pude verla bien... Y entonces usted llamó a la puerta. De veras que me hubiera gustado...

El policía le interrumpió frunciendo el entrecejo.

—Dijo que fue Monique quien preparó esa entrevista.

El de la compañía asintió.

—Es extraño.

—¿Qué?

—Monique no me dijo nada...

—Bueno... Ella quería que yo..., que yo destacara en la compañía.

—Creí conocer bien a Monique.

—No es mala, inspector. Es una gran chica. Quiere protegerme.

—¿Por qué? ¿Qué es usted para ella?

—¿Yo? Pues...

—Sí... ¿Es usted su amante?

El policía le cogió por las solapas como si de repente hubiese perdido los estribos.

—No, no. Se equivoca...

Monique apareció por la puerta del apartamento que el policía había dejado entreabierta.

—¡Georges! —exclamó.

—¡Vaya! Llegas puntualmente... Estaba haciendo ciertas preguntas a tu amigo... Michael Moriart. Espero que entre los dos podáis contestarlas...

—Siento que dudes de mí, cariño —murmuró la chica de los anuncios—. Y hasta puede que las apariencias te den la razón, pero no es lo que supones...

—No me gusta descifrar crucigramas cuando estoy trabajando.

—Traté de proteger a Michel porque... es mi hermano.

El inspector miró a uno y a otro alternativamente.

—Tú y Michel...

—Somos hermanos de la misma madre... Nuestros padres han muerto y mamá también...

—¿Por qué no me dijiste que tenías un hermano? —inquirió Georges, mirando fijamente a la muchacha.

—Bueno. Es... Es una larga historia. Yo...

—Yo se lo diré, Monique —adujo Michel Moriart—. No quiero que puedan mal pensar de ti el inspector.

Miró al policía y añadió:

—Yo estuve en la cárcel... Me hallo en libertad bajo palabra... A mi hermana le costó mucho reunir el dinero para que se revisara mi causa y sé que aún debe bastante... No importa que ahora me escude diciendo que fui víctima de las circunstancias, que en realidad soy inocente... Es lo de menos. Mi hermana se preocupó de buscarme esta colocación de que ahora disfruto. Afortunadamente no fueron muy exigentes en cuanto a mi documentación... Por eso he podido vivir con nombre falso. No soy Michel Moriart, sino Michel Delon. Todos los meses debo presentarme en Marsella.

—Te hubiese hablado de él, Georges —repuso la muchacha—, pero no ahora sino una vez terminada su libertad vigilada. No quería que intervinieras... o que pensaras que te hablaba de ello para favorecerme...

—¿Cómo conseguiste su empleo? —inquirió el policía.

—Conocía a Louis... Venía con frecuencia al estudio para buscar chicas...

El inspector echó una ojeada en torno suyo.

—Ya comprendo para qué.

—No verás ni una sola foto mía en su estudio.

—Pero Louis habló de tu hermano a Charles para que le diera el empleo.

—Sí —admitió la joven.

—¿A cambio de qué, Monique? ¿Si no le pagaste posando para él, qué precio exigió?

Monique miró a Georges con ojos brillantes. Acusaba el golpe, la reprimenda de tales palabras, la sospecha que había producido en Georges.

—No pagué nada... —murmuró al fin.

—Acabaré creyendo que Louis era un filántropo.

—No me importa lo que creas...

—Te hablo como policía, Monique... Hay dos crímenes de por medio y te creí por completo ajena a ellos. Ahora empiezo a dudar.

—Yo no tengo nada que ver... Hablé con el señor Achard para que diera una oportunidad a mi hermano.

En la compañía se moría de asco, como todos los que habían entrado por mediación de Charles... Bernard Achard quiere hacer las cosas por sí mismo, no confía en nadie.

—Y por lo visto hace bien.

Miró a Moriart y musitó:

—Usted se ha metido en un buen lío. Utilización de nombre falso y hallado en el escenario de un crimen. Cuando lo sepa el comisario...

—¡Georges! —exclamó ella.

El policía se volvió hacia la muchacha con ojos interrogadores, esperando a que ella terminara de lanzar su súplica.

—Georges... Mi hermano no es capaz... Yo respondo por él.

—¿Y quién responde por ti, Monique?

—Está bien. Tal vez debí decírtelo.

—Sí. Y ése ha sido tu error.

—Georges..., compréndelo. Yo no te oculté nada.

—Debiste hablarme de Louis.

—Sabía que lo hubieses averiguado en cualquier momento. No significaba un fracaso para ti si otro descubría antes todo ese embrollo, en cambio para Michel significaba mucho.

—Monique... —murmuró lentamente Georges—, puesto que de todo esto pareces saber más que yo mismo... quisiera hacerte una pregunta.

Ella le miró con atención y con algo de miedo a la vez.

—Ayer murió otro hombre... Pocos momentos antes tú me habías llamado. Dijiste que vendrías a mi casa.

—Sí.

—Apenas acabé de colgar me llamó el comisario. Me dijo que había recibido una llamada anónima. Fuimos todos al hotelito de Charles Achard y entretanto el asesino despachaba a Charles en su apartamento de París.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Nada, Monique, nada... Pero de ahora en adelante ten mucho cuidado... Si ocultas algo que puedas saber no tendré más remedio

que considerarte como encubridora. Ya no se trata de un simple atraco, hay dos crímenes de por medio y tu posición no queda demasiado clara.

Ella se dejó caer en un diván.

Su hermano iba a protestar, pero ante la mirada firme y fría del inspector optó por guardar silencio.

* * *

Monique y su hermano, por orden de Georges y acompañados por él mismo, se dirigieron al apartamento de la muchacha.

George había telefonado ya a los peritos para que sacaran fotos y llamado la ambulancia que debía llevarse el cuerpo de Louis Roget.

Después, ya en el apartamento de la chica de los anuncios, previno:

—De momento ninguno de los dos debe moverse de aquí. ¿Queda suficientemente claro?

—Mi hermana... —empezó el hombre.

—Su hermana y usted permanecerán aquí. Si alguno de los dos desobedece mis órdenes... —no terminó la frase, pero miró fijamente a Monique.

Ella tenía los ojos vidriosos, como si un par de lágrimas pugnaran por asomar.

—Ahora tengo que hacer algunas cosas y espero que esta noche quede todo claro.

Miró de nuevo a Monique y añadió:

—Preferiría no verte mezclada en esto.

—No me importa. Yo no tengo nada que ver. De veras, Georges... Deberías conocerme. Solo... Sólo me gustaría poder ayudarte.

—Pues hasta ahora no lo has hecho.

Se dirigió hacia la puerta. Miró de nuevo a la pareja y al fin abrió y salió a la escalera.

Monique le vio desde la ventana como subía al coche, que se ponía rápidamente en marcha y doblaba la otra esquina.

Regresó junto al hombre.

—Necesito beber algo —dijo él.

—Ya sabes dónde está —repuso la joven.

Se había empezado a quitar el abrigo, pero de pronto se lo puso de nuevo. Abrió su bolso instintivamente y volvió a cerrarlo para dirigirse hacia la puerta.

Su hermano la miró. Iba a decir algo, pero ella, volviéndose murmuró:

—Tú no te muevas. No tardaré.

Salió a la escalera y bajó rápidamente hasta la calle.

CAPÍTULO XIV

—Pasa, Georges... Te estaba esperando.

Caroline Deveraux se mostraba serena, casi fría, cuando franqueó la entrada al inspector.

El joven cruzó el umbral del apartamento de la joven.

—Hace unos momentos he oído la noticia por la televisión... Creí de veras que Louis...

El guardó silencio, dejando que la joven continuara, pero Caroline se interrumpió.

—¿Un *whisky*? —inquirió.

—Primero dime todo lo que hasta ahora has estado ocultando, Caroline... Creo que ya he hecho bastantes concesiones.

Ella asintió.

—Bien. Suéltalo. Te ayudaré en todo lo que pueda.

—Sé que puede costarme muy caro..., pero es necesario. Tenías razón, tarde o temprano iba a necesitar de ti.

Se sentó frente a él cruzando las piernas. Pareció reflexionar antes de empezar su confesión.

—Te escucho —murmuró él, alentándola.

Se mostraba indiferente, pero afable a la vez, frío, pero con un cierto aliento en la mirada.

—Yo puedo conducirte hasta el dinero —musitó ella sin ambages.

—Bien...

—¿Qué más puedo decirte?

—Todo... ¿Cómo empezó? ¿Quién planeó el golpe? ¿Qué parte tomaste en él?

—La idea... —balbució ella antes de decidirse— partió de Charles. Quería convencer a su tío de lo fácil que era robar y perder

el dinero de una póliza... Luego, una vez realizado el golpe, el dinero se devolvería.

—Un juego peligroso...

—Tal vez... Pero cuando Charles lo propuso creí que... Bueno... Ahora es difícil de explicar cómo llegué a aceptar... A veces las cosas se hacen sin pensar..., como una aventura.

—Cierta clase de aventuras dejan de serlo cuando entran en el terreno delictivo...

—Georges, estoy tratando de ser sincera.

—Debiste haberlo hecho antes.

—Sí... Cuando asesinaron a Charles. Entonces creí que era Louis, pero ahora veo que no pudo haber sido él.

—Bien. Ya tenemos a tres de las personas interesadas en el caso. Dos han muerto. Charles, el planeador, y Louis uno de los brazos ejecutores, luego estás tú.

Ella bajó la cabeza.

—Costaría trabajo para cualquiera pensar que bajo ese aspecto se esconde una mujer capaz de hacer... En fin, sigue. Yo no soy tu juez. Prometí escucharte.

—Georges... No te ocultaré nada, pero no quiero ir a la cárcel... Yo no he tenido nada que ver con esas muertes... Mi interés era en devolver el dinero.

—Un dinero que ahora tiene el cuarto hombre.

Ella asintió.

—¿Quién es?

—Se llama Blanco.

—¿Blanco?

—Henry Blanco... Era amigo de Charles... Yo apenas le conozco. No pensé ni por un momento que quisiera quedarse con el dinero, pero muerto Charles y luego Louis, ya sólo queda él. Nadie más conocía nuestros planes.

—¿Creíste de veras que iban a devolver los cuatro millones?

—Charles me lo aseguró, pero por lo visto sus planes eran muy otros; desgraciadamente lo supe cuando ya era demasiado tarde.

Se hizo un silencio. El inspector miró gravemente a la muchacha que acababa de hacerle la confesión.

Se puso en pie y preguntó:

—¿Dónde vive Henry Blanco?

—Tiene una casa en Niza, pero yo sé que dispone de un apartamento en París.

—Las señas —repuso él, acercándose al teléfono.

—¡No! Si llamas a tus colegas, es posible que nunca logrés atraparle. Ni mucho menos el dinero. Blanco es muy listo. Ha demostrado serlo hasta ahora... ¿No te das cuenta? Yo puedo ser la tercera víctima. Soy la única persona que lo sé todo, la última que está con vida...

Georges reflexionó unos instantes.

—Te he hecho una confesión, ayúdame tú también.

—En su momento procuraré declarar en favor tuyo, pero no puedo silenciar tu participación, Caroline.

—Pero puedes salvar mi vida.

—Eso por supuesto.

—Georges... Yo quizá no sea muy inteligente...

—En cambio resultas maestra en el arte de cambiar de aspecto —repuso él con cierta sonrisa burlona.

—¡Oh, Georges! Me arrepiento de lo que hice. De veras.

—Bien. ¿Qué ibas a proponerme?

—Si yo voy a casa de Blanco sola, no sospechará de mí...

—¿Y qué harás allí?

—Guiarte hasta allí. Yo le haré hablar y podrás cogerlo antes de que se de cuenta de que le tendemos una trampa.

Georges pareció dudar.

—¿Pretendes colaborar? —preguntó al fin.

—Me ofrezco como cebo, Georges... Si antes obré mal, ahora haré lo posible para reparar mi falta.

—Bien, Caroline. Si como supones ese Henry Blanco es el asesino, deberás tener mucho cuidado.

—Lo tendré —repuso ella.

Él se levantó.

Caroline le miró fijamente.

—Georges...

—¿Di?

—¿Crees en mí?

—Caroline... Cada vez resulta más difícil creer en las personas —contestó él, también con la mirada fija en la mujer.

CAPÍTULO XV

Henry Blanco desde su apartamento de París sostenía una llamada telefónica.

Con su porte mundano, su pelo grisáceo, sus ademanes más bien cachazudos se hallaba sentado en una butaca, con los pies recostados sobre un taburete mientras hablaba con su interlocutor al otro lado del hilo.

—Sí. Es para confirmar la reserva... Dentro de media hora. De acuerdo. Dos pasajes. De acuerdo. Hasta luego.

Colgó el teléfono y sin prisas concluyó su *whisky*.

Abrió una de las maletas cargadas con ropa, a la que todavía no había echado la llave, y cogió la pistola provista de silenciador que estaba encima de todo. Comprobó que el cargador estaba lleno y volvió a dejarla en su sitio para sentarse nuevamente y consultar el reloj.

Observo también los dos pasaportes que estaban encima de la mesa. Los examinó.

Uno iba a su nombre: Henry Blanco, 39 años, nacionalidad francesa, pese al apellido; figuraba como «casado».

Observó el otro pasaporte y sonrió.

Se guardó los dos en el bolsillo de su chaqueta y volvió a su posición indolente.

* * *

Entretanto en el apartamento de Monique, su hermano Michel paseaba como león enjaulado.

De vez en cuando asomaba a la ventana por ver aparecer el

automóvil de su hermana.

El coche no aparecía.

Michel aplastó el cigarrillo que estaba fumando y rápidamente prendió fuego a otro.

Los minutos transcurrían lentos, desesperantes.

El teléfono sonó de pronto y Michel tuvo un sobresalto que procuró dominar al ponerse al aparato.

—¿Quién es? —preguntó tras una leve vacilación.

Al otro lado del hilo contestó una voz femenina. Era la de su hermana Monique.

—Michel... ¿Todo va bien?

—Sí, claro, pero tú...

—No te preocupes, tal vez tarde un poco más de la cuenta —repuso ella serenamente.

—¿Dónde estás?

—No te preocupes. Estoy bien.

—Te he metido en un buen lío, Monique. Todo ha sido por mi culpa —repuso el hombre—, y lo más extraño es que ese policía amigo tuyo no nos haya detenido... Temo que no tarde en hacerlo.

—De momento estamos libres —repuso la muchacha desde el otro lado del hilo.

Y con voz esperanzadora añadió:

—Eso demuestra de que George sigue confiando en mí, y es muy importante, Michel... Sobre todo es muy importante para mí.

—Sí, claro —musitó Michel.

—Escúchame bien, pase lo que pase no te inquietes...

—¿Pero dónde estás? —insistió en saber Michel.

—No puedo decírtelo. No debes temer nada por mí. Sé que estoy segura.

—Deberías regresar —repuso Michel.

—Ahora no.

—Es peligroso que estés fuera, ya sabes lo que nos dijo el inspector... Que no nos moviéramos.

—Sé perfectamente lo que nos ha dicho, George —repuso ella, atajándole—, pero yo tengo que hacer algo importante, hermano. Hasta la vista. Cuelgo.

—No te metas en otro lío —pidió él.

—Repito que no tienes que preocuparte —cortó ella impaciente

—. Confía en mí.

—Monique, no corras riesgos... Yo sé lo que es estar en la cárcel. Di un mal paso, me dejé embaucar y ya ves lo que pasó. No juegues. Esto es demasiado peligroso.

—A veces hay que arriesgarse Michel —repuso la joven. Luego colgó.

Michel también depositó el auricular sobre el aparato y la comunicación quedó cortada.

Se dirigió de nuevo hacia la ventana y miró a la calle. Transitaba bastante gente, pero él no miraba a nadie en concreto.

Por su parte, Monique había salido de una cabina telefónica. Tenía su coche aparcado cerca de la misma.

Se acercó lentamente al coche, y se metió dentro ante el volante, pero no hizo nada para poner en marcha el motor. Se limitó a encender un pitillo y esperó.

Lo que aguardaba sólo lo sabía ella.

Y entretanto...

* * *

Entretanto, en el apartamento de Louis Roget el comisario echaba chispas.

—¿Dónde diablos se ha metido Delormais? Tenemos otro cadáver y una llamada telefónica suya para decirnos que iba a atar el último cabo... Que había tendido no sé qué trampa, y nada más... ¿Es que nadie sabe dónde ha ido? —bramó.

Ninguno de los agentes pudo responder a la pregunta del superior.

Hubo encogimiento general de hombros.

Uno de los ayudantes habituales de Georges manifestó:

—En cuanto llegaron los técnicos se fue él. Iba en compañía de un hombre y una muchacha.

—¿Quiénes eran? —inquirió el comisario.

—Al hombre no le había visto antes. La muchacha es esa chica de los anuncios...

—¿Se refiere usted a Monique?

—Sí —murmuró el ayudante.

—¿Qué demonios hacía Monique en este estudio? ¡Georges va a

oírme en cuanto le eche la vista encima!

Los del departamento estaban efectuando su trabajo habitual.

Después de sacar las fotos correspondientes, el cadáver había sido retirado y en su lugar, dibujado con tiza, quedaba marcada la posición en que quedó Louis, después de haber recibido los balazos.

Los encargados de buscar las huellas habían echado sus polvos en todos los lugares propios para encontrarlas.

—Listo, señor. Hay bastantes huellas. Vamos al laboratorio —dijo uno.

—¿Necesita algo más? —inquirió otro.

—¡No! Pueden irse y trabajen aprisa. ¡Ah! Y en cuanto hayan extraído las balas del cuerpo de la víctima, que me avisen inmediatamente. Quiero saber si pertenecen la misma arma que acabó con Achard.

Los otros asintieron.

Terminaron de registrar concienzudamente el estudio de Louis. Ningún rincón quedó por ver.

Los últimos hombres del Departamento dieron por terminado su trabajo.

Los fotógrafos echaron sus últimas placas.

Alguien habló de la Prensa.

—Piden información, señor —dijo un gendarme.

—Que esperen. Se les informará oportunamente.

Eli el corredor se oía el murmullo de los reporteros. Al comisario no le gustaba el ruido.

—Hagan salir a todos. Que dos agentes se queden custodiando la entrada.

Las órdenes fueron cumplidas inmediatamente.

Después de echar una última ojeada al apartamento, el comisario llamó a uno de los agentes de paisano.

—Bevan, usted quédese. Yo regreso a mi despacho. Si se sabe algo de Georges, que me lo comuniquen inmediatamente.

—Sí, señor —repuso el aludido.

El comisario salió al corredor. Algunos policías mantenían a distancia a los chicos de la Prensa, que al ver salir al comisario rompieron la resistencia de los agentes.

—¿Qué tiene que decir de este nuevo asesinato?

—¿Está relacionado con el atraco?

—Digamos algo del caso.

Era igual que un tableteo de metralleta sólo que los proyectiles eran las preguntas normales en casos parecidos.

—No hablen todos a la vez —gruñó el comisario.

—¿Cuándo podremos entrar en el apartamento de la víctima? —inquirió la voz de otro reportero.

El comisario hizo caso omiso de la última pregunta.

—Señores, en cuanto pueda contestar a todo lo que me piden, tendré el caso resuelto.

—¿Quiere ello decir que la policía anda despistada? —preguntó alguien.

—La policía sigue la investigación normal. En su momento oportuno haré las declaraciones pertinentes. De momento no puedo decirles más.

Se abrió paso entre la gente.

Algunos fotógrafos disparaban sus *flashes*.

El comisario llegó al fin a la calle, tomó su coche y lo puso en marcha en dirección al Quay des Orfèvres.

Apenas llegó, tenía ya la información de los peritos en balística.

Las balas que habían segado la vida de Louis habían sido disparadas con la misma arma que acabó con Achard.

El comisario recibió la información por teléfono y seguidamente tomó unas notas.

Había una cosa cierta. Dos. Primero que el asesino era una sola persona y segundo que esa persona bien podía estar estrechamente ligada con el atraco.

Tomó el teléfono para llamar al apartamento de Louis.

—¿Se sabe algo de Georges Delormais? —inquirió.

Emitió un gruñido cuando el agente que dejó en el interior del piso replicó:

—No, señor comisario. No se sabe nada. Le avisaré si vuelve, tal como usted ha ordenado.

El comisario colgó.

Se preguntaba qué diablos estaría haciendo en aquellos momentos el inspector Georges Delormais.

Simultáneamente, Georges y Caroline salían a la calle.

—Es mejor que coja mi coche —dijo ella—. Si Blanco lo ve desde la terraza no sospechará.

—¿Tienes coche? —inquirió el policía.

—Lo alquilé... Hace unos días —confesó ella.

—¿Para regresar de Amiens supongo?

—Sí —admitió la joven.

El automóvil estaba una calle más abajo.

—Te seguiré con el mío. En cuanto llegues pasaré de largo.

—Me parece muy bien.

—Has dicho que Blanco vive en la sexta planta, ¿verdad?

—Sí. Apartamento 64.

—De acuerdo. No corras demasiado.

La muchacha asintió.

Poco después ella tomaba el volante y descendía la suave pendiente de la calle.

El la seguía a escasa distancia.

Los dos automóviles tras cruzar el puente entraron en la zona de tránsito.

París por la noche era un ascua de luz y animación. Los luminosos, los anuncios de los bares y *dancings*, las luces de los cafés..., todo resultaba atractivo, no sólo para los forasteros que acudían a la tan anunciada primavera parisién, sino hasta para los propios parisinos.

El auto de ella tomó una ligera ventaja al dejar los Campos Elíseos para meterse por una calle más estrecha.

Más allá realizó otro viraje y el policía tuvo que frenar al llegar a un semáforo.

Cuarenta segundos después prosiguió la marcha.

Divisó el «Peugeot» de Caroline cuando doblaba otra esquina.

Dejaban ya el París tradicional para dirigirse a uno de los barrios modernos.

El automóvil guiado por Caroline torció por una calle sin asfaltar. Más allá se divisaban las luces del nuevo núcleo urbano, zona residencial con apartamentos de lujo.

Ella detuvo su marcha cerca de un callejón.

En aquellos momentos había varias personas pendientes del mismo asunto.

Por un lado el comisario esperando noticias con impaciencia en su despacho, donde le iban pasando los datos.

Las huellas halladas en el departamento de Louis eran varias, aparte de las de su difunto propietario.

Cualesquiera de aquellas huellas podía ser la del asesino.

Para Blanco la espera parecía más sosegada.

Era el único convencido de que todo iba bien... al menos para él. Tenía las maletas listas y sólo le quedaba esperar.

Consultó el reloj.

—Ya no puede tardar —murmuró pensando en voz alta.

Había otra persona que sí estaba preocupada: era Monique.

La joven muchacha conducía por las calles de la ciudad.

¿Hacia dónde se dirigía?

Ésa era una pregunta que sólo ella podía contestar.

Su hermano seguía consumido por la impaciencia en el apartamento de la joven.

¿Tenía algo más que ocultar, aparte de la historia que Monique había contado a Georges? Eso también era algo que sólo el propio Michel sabía.

El señor Achard en su despacho privado estaba leyendo las reseñas de los periódicos. Ver el nombre de su sobrino en las noticias de sucesos era algo que le ponía enfermo.

Descolgó el teléfono y marcó un número. Instantes después una voz respondía:

—Casa del abogado Mercier...

—Soy Achard. Dígale que se ponga inmediatamente.

Y entretanto...

* * *

Caroline, que había detenido el automóvil en el callejón, salió de él.

Instantes después apareció Georges, que aparcó a escasos metros.

Ella había salido del vehículo esperando la llegada del policía, que a su vez se apeó y se dirigió hacia la muchacha, que parecía

contrariada por algo.

—¡Eso es lo que faltaba! —exclamó ella.

—¿Ocurre algo? —inquirió el inspector.

—No sé... De pronto parece que el motor falla. Se niega a obedecer cuando le doy gas. ¡Justamente ahora!

—¿No será la gasolina?

—Salí del garaje con el depósito lleno —repuso ella.

—Déjame ver.

Él iba a entrar. Ella negó.

—No, déjalo. Será mejor que siga a pie.

—Espera, espera, no hay que perder la calma. Entra y abre el capot, miraré a ver. Entiendo algo en mecánica.

Ella asintió.

Georges se dirigió hacia la parte de delante mientras ella accionaba la palanca que dejaba libre el capot.

Él lo levantó y comenzó a examinarlo por dentro valiéndose de una pequeña linterna que sacó del bolsillo de su chaqueta.

—¿Encuentras algo? —preguntó Caroline.

—No. Como no sea el carburador... Veamos. Pon el motor en marcha.

El motor no funcionó.

No funcionó porque Caroline no obedeció la indicación del policía.

En aquellos momentos la muchacha se hallaba ya detrás de él.

Georges sintió el duro contacto del cañón de un revólver apretado contra sus riñones.

No dijo nada.

Fue Caroline la que con voz serenamente fría le conminó:

—Levanta las manos...

Él sonrió.

—Supongo que se trata de una broma.

—¿Tú crees que bromeo? Tengo una pistola auténtica, y con silenciador además... ¡Vamos! Obedece. Separa las manos del cuerpo. No perdamos tiempo.

Lentamente el joven inspector obedeció.

Ella se apartó ligeramente.

—¿Vas a disparar? —murmuró Georges—. Te aseguro que no irías muy lejos.

—No estés tan seguro. Pero no me conviene que mueras aquí... Tal vez te encontrarán demasiado pronto.

—De cualquier modo estás jugando con fuego... El cerco se va cerrando. Han muerto dos personas, no es difícil suponer de qué arma han partido las balas que les han mandado al otro mundo.

Él se había vuelto lentamente hacia ella.

La oscuridad de un callejón prácticamente intransitable debido a las casas en construcción a uno y otro lado, que servía como paso a las también en construcción modernas edificaciones de la zona, hacía del sitio un lugar ideal para que nadie pudiera reparar en lo que allí estaba sucediendo.

—Te crees muy listo, ¿eh? Pero te he engañado. He conseguido burlarte y nunca nadie sabrás la verdad.

—El comisario...

—El comisario no sabe dónde estás. No has tenido tiempo de informarle, Georges.

—Bien... Entonces dispara.

—No. ¡Vuélvete! —conminó ella.

—No quiero hacerlo.

—No seas estúpido, ganando tiempo no conseguirás absolutamente nada. ¿Comprendes?

—¿Quién maneja esto, Caroline? ¿Tú? ¿Tú y Blanco?

—Eso qué más da.

—El dinero lo guarda él, ¿verdad? Me contaste una verdad a medias. Querías atraerme hacia tu terreno. La jugada no está mal, Carol... No está nada mal, pero...

—¡Basta ya! —exclamó, ella en un susurro. Su dedo índice se curvó sobre el gatillo.

—Vuélvete de espaldas o te acribillo aquí mismo... Si quieres saberlo, ya he despachado a dos. Es fácil... ¿Quieres verlo?

Los ojos de Caroline brillaban. Ahora volvía a ser la muchacha fría, implacable y autoritaria del día del atraco, aunque no usara peluca ni los otros aditamentos que desfiguraran su persona. Sin embargo, sus ojos, aun sin las lentillas de contacto que le daban un color distinto, eran los ojos de una asesina.

Georges leyó la muerte en ellos.

Comprendía que ella no vacilaría en disparar, aunque se jugara su propia vida.

Con ademanes lentos, Georges había conseguido bajar sus manos hasta aproximarlas a su cuerpo.

Su cabeza pensaba rápidamente en la posibilidad de escapar del lance.

Quiso ganar un poco de tiempo, apurar hasta el último segundo sus posibilidades.

—Usasteis postizos, ¿verdad? No creas que me has engañado del todo... Había algo extraño en ti que me hizo sospechar.

No pasaba nadie.

La calle más concurrida quedaba por lo menos a unos cincuenta metros. Por el otro lado la oscuridad era idéntica a la del callejón. Ellos eran sólo un par de sombras apenas definidas desde lo lejos.

Las luces del nuevo barrio residencial estaban más allá de las casas en construcción, cerca, bastante cerca de las señas de Blanco.

Era evidente que a Caroline se le había agotado la paciencia y no sentía el menor deseo de prolongar por más tiempo aquella situación.

Masticando las palabras y aproximándose un paso al policía ordenó:

—Separa las manos del cuerpo y vuelve la espalda. No te lo repetiré, Georges.

Sí. Ella estaba dispuesta a disparar.

Georges sólo contaba con una posibilidad. Ella lo había dicho. No quería matarle allí mismo, por lo tanto... Sí, todo iba a reducirse a un golpe.

Respiró profundamente y dio la vuelta sin prisas.

Hizo exactamente lo que Caroline le había ordenado.

Ella aguardó un segundo. Temía la rápida reacción del policía y quería cubrir todo riesgo.

Al fin se aproximó hasta tenerle al alcance.

Su mano diestra armada se levantó por encima de la cabeza de Georges Delormais.

Rápidamente cayó sobre su cabeza.

El pesado cañón silenciador se estrelló contra la cabeza del inspector.

Georges cayó fulminado, perdiendo la noción de todas las cosas, inconsciente, a los pies de la muchacha.

Ella guardó el arma en el bolso que tenía en el coche, donde

regresó en busca de una goma elástica propia para los equipajes.

Instantes después maniataba las muñecas del inspector por detrás de su espalda con impresionante habilidad y rapidez.

Luego se inclinó más para auscultarle.

Sin duda, Georges seguía vivo, aunque la conmoción por el golpe sufrido iba a durarle bastante.

Tuvo que hacer un esfuerzo para arrastrarle hasta el auto.

No utilizó, sin embargo, el «Peugeot», sino que prefirió el de Georges.

A duras penas, pero con tenacidad, logró al fin dejar al inspector en la parte trasera del automóvil, en el suelo, delante de los asientos posteriores.

Segura de que no le causaría molestias porque el estado del hombre seguía en completa inconsciencia, se metió ante el volante del coche y dio el encendido.

El «Peugeot» se quedó en el callejón.

Ella siguió hacia adelante, hacia la zona iluminada.

* * *

—Busquen a Georges Delormais. Encuéntrénlo aunque tengan que remover todo el subsuelo de París —gritó el comisario ante sus hombres en el despacho.

Como pistas posibles dio la de la casa de Monique y la de Caroline Deveraux.

—Quiero tener noticias tuyas cuanto antes.

Los agentes se pusieron en movimiento.

Poco después, cuando el hermano de Monique mirando por la ventana vio a un coche policial detenerse frente de la casa y observó que ninguno de los dos hombres que se apeaban era Georges, pareció asustarse.

Vaciló unos momentos y optó por salir de la casa.

Los agentes subían rápidamente. El hermano de Monique tomó la escalera para dirigirse hacia la azotea.

Los encargados de dirigirse al apartamento de Caroline Deveraux encontraron la casa vacía.

Al preguntar a la portera, ésta dijo no saber nada.

Bastante ocupada estaba con los quehaceres de la casa, el

marido, los hijos y ¿cómo no? Ver el telefilm que en aquellos momentos estaba proyectando la pequeña pantalla.

CAPÍTULO XVI

Caroline se detuvo en una esquina de la zona de modernas edificaciones. Estaba bastante bien iluminada.

Esperó un instante haciendo señales con los faros.

En la quinta planta de un edificio alguien apagó y encendió la luz contestando la señal.

Ella aguardó impasible, mirando a derecha e izquierda observando si alguien se acercaba.

No. En la calle no pasaba nadie. Algún que otro vehículo cruzaba raudo, pero ninguno se detenía.

Del portal del edificio surgió Henry Blanco, portando dos maletas.

Se dirigió hacia la parte trasera, abrió la portezuela y apartó con el pie el cuerpo del policía.

—Buen trabajo, nena. Supiste tenderle una buena trampa.

—Cuando yo planeo algo, siempre sale bien... Dejé que Charles pensara que la idea había surgido de él, pero en realidad fuiste tú quien por indicación mía fue metiéndole en la cabeza la idea del atraco... Lo demás ha salido todo a pedir de boca.

Ella puso el motor en marcha para dirigirse hacia el aeropuerto.

—¿Tienes los pasajes? —inquirió.

—Sí, Carol. Los tengo —repuso Henry Blanco—. El avión no tardará en salir. Te has retrasado un poco. ¿Qué hubiese ocurrido si el polizone no hubiera venido a tu casa?

—Sabía que vendría... Después de la muerte de Louis tenía que hacerlo. Yo le había facilitado la pista. Pero de todos modos ya me las habría arreglado...

—¿Qué hacemos con él?

—Encárgate tú mismo.

—¿Por qué no tú? Con Charles y con Louis lo hiciste muy bien.

—Alguna vez debo descansar, ¿no?

—Bien... ¿Un balazo?

—No. Nos detendremos en un lugar en el que he estado pensando. Machácale la cabeza. Desfigúrate y quítale los documentos para que tarden en identificarle. Eso nos dará más tiempo.

—Olvidas un detalle. Te has descubierto a ti misma.

—¿Y qué? El único que sabe la verdad es Georges y ya no podrá revelarla a nadie.

—Pero tu ausencia...

—Eso también lo tengo planeado. Te sorprenderá.

—Tú siempre sorprendes —repuso su acompañante.

Ella desvió el rumbo para torcer por una antigua carretera poco transitada.

Detuvo el automóvil después de tomar un sendero sin salida.

Se hallaban al pie de un profundo precipicio.

Salió del coche y dijo a Blanco:

—Ayúdame a sacarlo.

Entre los dos echaron fuera del vehículo el cuerpo exánime del policía.

—Vamos. Empieza a golpearle —siguió ella en plan tajante, conminativo.

Había abierto su bolso para extraer la pistola provista de silenciador.

Blanco la miró dubitativo.

—¿No quieres que te cuente mi plan?

—Me agradecería saberlo...

—No voy a salir del país, Henry...

—Pero el dinero...

—El dinero seguirá depositado en una caja del aeropuerto.

—Cuya llave tengo yo... —sonrió Blanco.

—Pero que me darás a mí ahora mismo...

Blanco sonrió.

—¿Pretendes...?

—Quedarme con todo, Henry. ¡Con todo! Para ti también ha llegado al fin del viaje.

—Debí suponerlo —replicó el cómplice.

—Os hallarán muertos a los dos y nunca se sabrá quién lo ha hecho... Yo volveré a mi trabajo, como siempre, hasta que el asunto vaya olvidándose poco a poco, después mi tía de Amiens y «su delicada» salud será la excusa para dejar mi empleo y empezar a vivir.

—Presentía esto, querida Caroline. No soy tan idiota.

—¡Ah! ¿Sí?

—Y vas a llevarte un desengaño... Cambié el dinero de sitio. No llevo conmigo la llave. Está en lugar seguro y con una confesión... Te conozco, creo que empecé a darme cuenta cuando vi con la sangre fría con que te deshacías de los otros.

—¿Dónde está el dinero?

—En una caja de valores de un Banco. Si no lo recojo dentro de quince días, el director está autorizado para abrir el paquete. En el encontrará además de los francos una confesión completa...

Ella contrajo el rostro dominada por la ira. Su índice se curvó en el gatillo de su automática.

—Te has precipitado. Ahora soy yo el que lleva la voz cantante. Empieza por soltar esa pistola.

—¡Te mataré! —exclamó ella.

—Y te condenarás a ti misma —repuso tranquilamente Blanco.

—Está bien... Tú ganas... Ahora eres el jefe. ¿Qué propones?

—Partes iguales, pero a mi modo. Yo me largo ahora mismo. Cuando llegue a Suiza ya sabrás de mí.

—¿Vas a dejarme en la estacada?

—No.

—¿Qué pruebas tengo?

—Mi palabra. Tendrás que fiarte de ella. Y deja de apuntarme.

Ella dudó, pero al fin bajó el arma.

El momento fue el que esperaba Blanco para sacar de su bolsillo la misma automática que antes en su apartamento, había estado examinando. Tenía también silenciador.

—¡Quieta!

—¡Traidor! —exclamó ella.

Blanco disparó a quemarropa, sin piedad.

Con el rostro sorprendido por la muerte que no esperaba, Caroline se inclinó hacia delante.

Quiso decir algo, pero de sus labios sólo salió un leve balbuceo.

Trató de aferrarse a algo inexistente, y al fin cayó de bruces casi al lado del policía, que continuaba en estado de inconsciencia.

Blanco se aseguró de que Caroline estaba muerta y entonces apuntó a la cabeza del policía.

Iba a disparar, pero lo pensó mejor.

Buscó en el bolso de Caroline y extrajo la pistola de la muchacha.

Utilizaría la de ella, con sus propias huellas dactilares. Sí. Parecería que ambos se hubiesen matado mutuamente.

De pronto, los focos de un automóvil le inmovilizaron.

Inesperadamente, un coche acababa de irrumpir en la carretera.

Blanco sacó rápidamente la maleta del automóvil y se apresuró a esconderse entre la maleza.

Del automóvil, que se había detenido junto al otro, se apeó una persona: una mujer.

Era Menique.

Contempló un momento la escena.

Fue directamente hacia Georges.

—Georges, Georges... ¡Dios mío! ¡Georges! Contesta...

No advirtió que entre la maleza, Henry Blanco buscaba un hueco para disparar su revólver.

—¡Georges! —siguió gritando ella.

Miró alrededor como si quisiera encontrar a alguien para pedirle auxilio, pero no atinó a ver la mortífera y silenciosa arma que un asesino empuñaba, presto a hacer uso de ella.

CAPÍTULO XVII

El golpe recibió por el policía había sido fuerte, pero no tanto como para seguir inconsciente mucho rato.

En los últimos segundos había comenzado a recobrase. Cuando tuvo exacta noción de lo ocurrido fue al oír el grito de Monique.

Fue el instinto profesional, su veteranía en docenas de casos en los que su vida había corrido grave peligro, lo que le advirtió lo que estaba sucediendo.

Se incorporó levemente para empujar a Monique y derribarla.

Casi en el mismo instante sonaron dos disparos, amortiguados por el silenciador.

Los balazos se incrustaron en el suelo, cerca de la pareja.

Blanco dominaba en parte la situación, pero Georges, desde el suelo, tomó la mano de la muchacha y musitó:

—Sígueme en cuanto tire de ti.

Ella asintió.

Estaba asustada, pero mantenía su presencia de ánimo.

—Volverá a disparar en cuanto crea que nos tiene seguros —susurró otra vez el policía.

Esperó unos segundos y dijo:

—¡Ahora!

Pegó un salto y tiró de la muchacha.

Silbaron de nuevo algunas balas.

Ellos estaban ya detrás de un desnivel del terreno, jadeantes por el esfuerzo.

Georges se palpó la cabeza. Tenía la marca del golpe recibido junto a la nuca.

—¿Te duele? —inquirió ella.

—He recibido golpes peores —repuso él, atento al menor

movimiento que se produjera entre las sombras.

El silencio duró algunos instantes.

—¿Se habrá marchado? —inquirió ella.

—No. Si se acerca al coche, puedo verle... Y tiene que ir en busca del dinero.

Blanco seguía sin producir el menor ruido.

Ahora Georges estaba buscando en su funda sobaquera, para sacar su pistola de reglamento.

¡Estaba vacía!

Con el golpe y subsiguiente caída, el arma, sin duda, había quedado cerca del automóvil.

Gruñó algo ininteligible.

—¿Qué pasa? —inquirió la muchacha.

—Ten calma, Monique. Saldremos de aquí.

Georges pensaba aprisa. El momento no era para demoras. Tenía que conseguir su pistola y por lo menos encontrarse en igualdad de condiciones con su enemigo.

Cambiaron de posición lentamente.

Georges se movía con seguridad y sin producir el menor ruido. Monique optó por descalzarse.

Contuvo una exclamación cuando los piedras dañaron sus pies a través de las finas medias.

Blanco les había perdido la pista, y conteniendo la respiración, se movía entre los setos.

Todos tenían ya habituados los ojos a la oscuridad.

El policía cogió un guijarro y lo arrojó lejos.

Blanco delató su presencia disparando hacia el punto donde se había producido el ruido.

—¡Allí está! —exclamó Georges, en un susurro.

Blanco comprendió su error. Había disparado bastante y necesitaba reponer las balas.

Cambió de lugar y, oculto siempre por los setos, repuso el cargador mientras Georges tiraba de Monique.

—Vamos. Tengo que acercarme al claro.

—Es más peligroso.

—Allí tengo mi revólver. Es necesario que lo coja.

Blanco había concluido ya de recargar su arma y entonces avanzó furtivamente hacia el lado del coche.

Prestaba atención a los ruidos, a las posibles sombras. Comprendía que si el policía no había disparado era precisamente porque carecía de armas.

Georges y Monique atravesaron un pequeño descubierto.

Ella resbaló y su rodilla izquierda se dobló hacia adelante mientras exclamaba:

—¡Mi tobillo!

Georges la ayudó a levantarse rápidamente.

—¡Oh! —susurró ella.

—¡Vamos, no podemos permanecer aquí!

¡Blanco les estaba viendo!

—¡De prisa! —exclamó Georges, intuyendo el peligro.

El asesino hizo funcionar por tres veces su revólver.

—¡Cuidado! —exclamó el inspector.

Las balas rozaron el cuerpo del inspector, que nuevamente empujó a la muchacha.

—¡De prisa! ¡Cúbrete!

La pistola asesina volvió a funcionar.

La única salvación era alcanzar unas rocas.

—¡Allí! —gritó a la muchacha.

Un quinto disparo silbó muy cerca de los dos.

Momentáneamente, se pusieron a salvo.

—¿Quién es? —inquirió ella.

—Calla. Supongo que se trata de un individuo llamado Blanco. Henry Blanco.

—¡Blanco! —exclamó Monique, en un susurro.

—¿Le conoces?

—Fue con Louis una vez al estudio... Le recuerdo por su nombre... Sí, se llamaba Blanco.

—En eso, Caroline no mintió. Creyó que yo no podría contar a nadie lo que ella me explicó.

—¿Era Caroline? —musitó Monique.

El asintió.

Entre las sombras, Blanco se movía intentando encontrarles.

La única luz del lugar era la que proyectaban los focos del coche, que Monique había dejado encendidos.

Georges le indicó con una seña que le siguiera.

Avanzó, procurando que el rastreo de sus pies no le delataran.

Lentamente, se colocaron al otro lado del haz de luz de los faros del automóvil.

Al otro lado, Blanco les había perdido la pista, pero no desesperaba de encontrarles.

—Si pudiera alcanzar mi revólver... —murmuró el policía.

—Si sales, te verá. No quiero que te ocurra nada...

—Y ahora que lo pienso... —exclamó él—. ¿Qué diablos haces aquí?

—Iba siguiéndote. Pero te perdí, y eso me hizo llegar tarde...

—¿Pero por qué me seguías? Cuando salimos de casa de Louis os ordené a ti y a tu hermano que no os movierais de tu apartamento.

—Quería ayudarte a ti y a él... Estoy en deuda con los dos.

—Hummm...

—Verás, Georges, no se me ocurrió pensar en Louis hasta la muerte de Charles... Y entonces no quise decírtelo porque imaginé que podría resultar una oportunidad para mi hermano.

—Eso ya lo dijiste antes, pero ahora...

—Tuve una idea de repente. Pensé en Caroline...

—¿Sospechabas de ella?

—Fue más que nada un presentimiento... Tú me habías hablado de ella y yo la recordaba de haberla visto con Charles un día que fui a buscar a mi hermano a la salida de la compañía de seguros. Sé que él me habló de ella diciéndome que era la novia del sobrino del jefe. Yo no le di demasiada importancia, pero su rostro me resultó familiar, aunque en aquellos momentos no sabía de qué; ni siquiera le di importancia...

Se interrumpió a una seña de Georges, que aguzaba el oído tratando de adivinar dónde se encontraba Blanco.

Creyó orientarse por el leve crujir de una rama.

—Está donde estábamos antes nosotros —murmuró.

Miró donde estaba su revólver y calculó los movimientos que tenía que realizar para alcanzarlo.

Esperó el momento oportuno y musitó:

—Pégate al suelo. Luego terminarás la historia.

Buscó con la mano hasta encontrar dos piedras de buen tamaño.

Apuntó con la primera, tomó impulso y la lanzó contra uno de los focos del coche.

El grueso cristal acusó el impacto y estalló. El foco se apagó.

La reacción de Blanco fue la normal. Disparó a ciegas contra el coche, cuando ya Georges tiraba la segunda piedra contra el otro faro.

Estalló igualmente y la oscuridad fue absoluta.

Georges, sin vacilar, se lanzó hacia donde estaba su revólver.

Lo hizo con movimientos precisos, calculados.

Blanco agotó el cargador de la pistola de Caroline, que era la que estaba utilizando.

Georges había cogido la suya.

Disparó.

Su arma resultaba más ruidosa. El estallido debió oírse desde la carretera.

Se lanzó hacia un lado y volvió a disparar.

Supuso que el segundo balazo había alcanzado a Blanco, porque éste dejó escapar una exclamación.

—¡Cuidado, Blanco! Mejor que suelte su pistola. No podrá escapar de aquí.

Pero Blanco presentía la sombra de la guillotina. Había matado a sangre fría a una mujer prácticamente en presencia de un policía, y, además, éste tenía otro testigo: Monique.

Georges dio un rodeo.

Blanco, desesperado, continuó apretando el gatillo.

El leve sonido amortiguado de sus balas sirvió de guía a Georges.

Logró situarse muy cerca de él.

—¡Quieto! —exclamó, provocándole.

Blanco se revolvió.

Georges saltó sobre él, desafiando el peligro que suponía que el otro tuviera un arma.

Se aferró a su brazo y se lo retorció con habilidad.

Blanco intentó una contrallave, pero Georges supo zafarse y, con maestría de profesional, lo volteó.

Cuando el asesino quiso incorporarse, ya indefenso, puesto que había perdido la pistola, Georges le estaba levantando, y al mismo tiempo le sujetaba las muñecas con las espesas.

—Se acabó el juego, Blanco... ¡Adelante!

Dejaron el coche en que había llegado Monique para utilizar el de Georges.

Conducía la muchacha mientras en el asiento trasero, Blanco, ya sin posibilidad de escapar, iba a enfrentarse con su destino.

EPÍLOGO

Al comisario se le aplacaron los ánimos después de tomar declaración al detenido, que sólo contestó ambigüedades y solicitó la presencia de un abogado.

—Acabará confesando —masculló el comisario, dejándolo a sus agentes—. Y si no lo hace, peor para él. Creo que tenemos pruebas suficientes y un asesinato a sangre fría. Bien, Georges, ha sido un buen trabajo... Pero no me gusta esa manía suya de querer llevar las cosas usted solito. ¿Quién se cree que es?

—Un simple policía, comisario..., que no puede elegir las cosas y tiene que tomarlas tal como se presentan.

—Su estado es lastimoso... Hubiese podido perder la vida y usted vale demasiado.

—Eso me recuerda a mi ángel de la guarda... Disculpe, comisario. Tengo una cita... Luego llenaré mi informe.

—Vaya y tómese un descanso. ¡Y cuidado con las mujeres! Ya ve cómo salen algunas...

—La que me espera es distinta. Además, tiene que explicarme el final de una historia.

* * *

Estaban en el apartamento de Georges. Él se había duchado y ella le estaba desinfectando unos arañazos.

—Me hablabas de Caroline —dijo él.

—Te decía —repuso ella— que aquel día que me la mostró mi hermano me pareció recordarla de algo... Luego me vino de golpe a la memoria... Coincidimos en un teatro. Ella iba a hacer una prueba

y, según creo, fue rechazada. Yo estaba allí porque tenían que hacerme unas fotos en un escenario junto con otras compañeras, y Caroline estuvo hablando con algunas de ellas y preguntando si le sería posible posar.

Hizo una pausa y añadió:

—Creo que después la vi con Louis y supongo que luego se separaron en cuanto se prometió con Charles Achard.

—¿Y por qué supusiste que ella podía tener que ver en lo del atraco?

—Bueno, tú también tenías tus dudas —sonrió Monique.

—Yo investigaba.

—Bien... El atraco fue perpetrado por dos hombres y Lina mujer, y dos hombres habían muerto ya. Yo no sabía si Charles había tomado parte o no, sólo quedaba ella. Ignoraba dónde tú habías ido y se me ocurrió entrar en su casa.

—¿Conocías su domicilio?

—Tú lo mencionaste una vez.

—¡Huy! —exclamó él, al notar el escozor del alcohol.

—Quieto. Verás cómo enseguida te pones bien.

—Bien, sigue, hablando quiero decir.

—Ya está todo. Pensaba registrar el domicilio de Caroline. Si encontraba el dinero, hubiera hecho un pacto contigo... Que fuera mi hermano quien lo devolviera y tú quien atrapases a la ladrona.

Se hizo un silencio.

Ella lo rompió para añadir:

—¿Me he portado muy mal?

—No, Monique. Tal vez yo fui demasiado duro contigo...

—Yo lo he olvidado.

Otro silencio.

Él se revolvió para atraerla hacia sí.

—¿Qué te impulsó a seguirme? —murmuró él.

—La curiosidad. Cuando llegué, vi cómo ella tomaba un coche y tú otro. Reflexioné. Me dije que si conseguía forzar la puerta y me descubrían, iba a meterme en otro lío, y opté por seguiros; pero con el tránsito resultó bastante difícil, ni siquiera sé cómo conseguí dar de nuevo con el coche... Cuando volví sobre la pista me pareció que era una mujer quien lo conducía. ¡Ella! Y no te vi a ti, y entonces empecé a asustarme...

—Como aficionada a detective no lo has hecho mal.

—Tengo que pedirte un favor. No menciones a mi hermano en este asunto.

—¿De qué le acusaron?

—Le mezclaron en un robo. Él era el chófer, pero ignoraba qué se proponían sus compañeros.

—Bien... De todos modos, no pensaba mencionarlo.

El teléfono sonó. La voz del comisario sonó llena de euforia.

—Georges..., ya tenemos el dinero. Blanco lo había guardado en una caja de valores de un Banco. ¡Ha confesado!

—Me alegro, comisario. Un gran éxito para usted.

—Vamos, vamos, Georges. No seas modesto... Mañana estás invitado a cenar.

—Comisario, por una vez declino su invitación. ¿Se molesta por ello?

Su superior sonrió.

—Lo comprendo perfectamente. Ande, tómese un par de días de permiso.

—Eso sí lo acepto —repuso Georges.

Colgó el teléfono y abrió los brazos.

Monique se refugió en ellos.

Las primeras luces del alba daban a la ciudad una nueva fisonomía.

Comenzaba un nuevo día, surgirían otras historias, oíros casos, pero Georges, en aquellos momentos, sólo pensaba en la mujer a la que estaba besando.

Era el mejor de los premios.

FIN



María Victoria Rodoreda nació en Berga, provincia de Barcelona, aunque muy pronto se trasladaría a la capital, donde residió hasta su muerte, que tuvo lugar el 22 de julio de 2010 a los 79 años de edad. Allí conoció a su esposo, Juan Almirall Erliso (1931-1994)

que había comenzado a escribir guiones y novelas y fue quien la animó a presentar sus primeros trabajos en las editoriales, comenzando así una extensa trayectoria como escritora. Más adelante, y dado que la demanda de originales fue creciendo, extendiéndose a todos los géneros, ambos decidieron trabajar de forma conjunta. Como cabía esperar dado su lugar de residencia, María Victoria siempre se movió por las órbitas de las editoriales de la Ciudad Condal, Toray primero y más tarde Bruguera y Producciones Editoriales, heredera esta última de la también barcelonesa Ferma. Una peculiaridad de María Victoria Rodoreda fue su afición a coleccionar seudónimos, hasta el punto de convertirse en la más prolífica, en lo que a éstos se refiere, de todos los autores de ciencia-ficción popular españoles. Catorce en total. Los siguientes en orden de mayor a menor utilización: Marcus Sidéreo, Vic Logan, Rand Mayer, Al Sanders, Boris Marcov, Holm van Roffen, Ian de Marco, Joseph Lane, Mark Donovan, Rock

Marley, Douglas Kirby, John Talbot, Kent Duvall y John Randall. Este último, por cierto, era un seudónimo habitual de su esposo, pero fue ella quien lo utilizó para firmar la novela Cuando todo termine, número 8 de la colección Infinitum. Además de los ya citados bolsilibros de ciencia-ficción, su legado es muy extenso, abarcando la totalidad de los géneros: romántico, bélico, espionaje, policíaco, terror, oeste... sin que ni ella ni su esposo dejaran ninguno por tratar. Asimismo firmó con su propio nombre, M.

V. Rodoreda,

numerosos guiones para cómics de colecciones tales como Hazañas Bélicas, Serenata, Babette, El Dúo Dinámico, Hazañas del Oeste... Por último, adaptó guiones de cuentos clásicos editados principalmente por las editoriales Toray y Bruguera. A raíz del colapso de las colecciones de bolsilibros y de la práctica totalidad de la literatura popular a mediados de los años ochenta, que por lo general supuso un mazazo para todos los que habían hecho de ella su profesión, María Victoria se apartó del mundo editorial, mientras su esposo todavía continuaría vinculado a él durante algún tiempo alternándolo con otras actividades.